JOSE JUAN CADENAS

El señor Cura y los ricos

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA DE

VAUTEL, CHAINE Y DE LORDE

Estrenada en el Teatro Alkázar, de Madrid, el día 11 de Junio de 1926

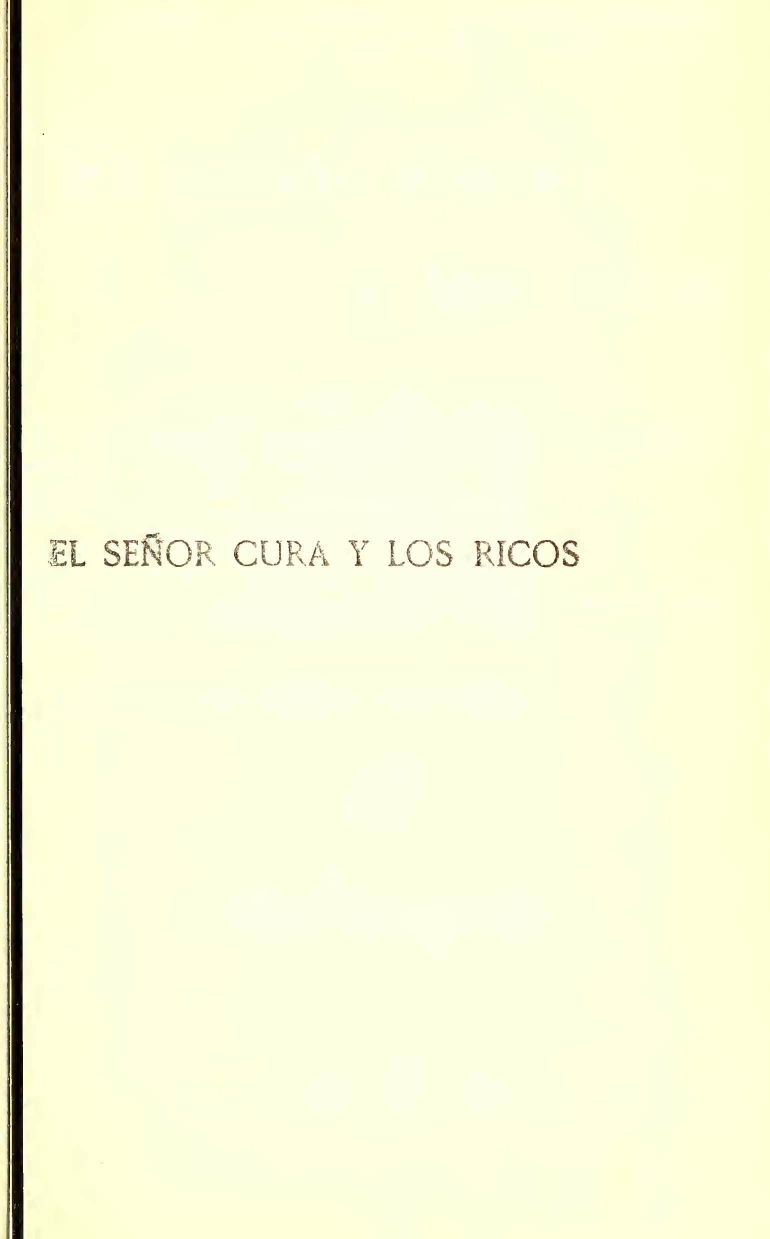
Copyright, by José Juan Cadenas, 1926.



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24.
1926

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/elseorcuraylosri00vaut



EL SEÑOR CURA Y LOS RICOS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados, exclusivamente, de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

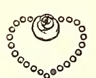
JOSE JUAN CADENAS

El señor Cura y los ricos

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA DE

VAUTEL, CHAINE Y DE LORDE

Estrenada en el Teatro Alkázar, de Madrid, el día 11 de Junio de 1926



Copyright, by José Juan Cadenas, 1926.

GRÁFICA RENACIMIENTO
O'Donnell, 24.—Tetuán de las Victorias.—Telf. 167 J
1926

REPARTO

Personajes	Actores
VALERIANA	Sra. Alba.
LA SEÑORA CUSINET	» Sanz.
GENOVEVA	Srta. Barrón.
PAULITA	» Pujó (M.)
LA SEÑORA COTILLE	Sra. Manso
LA PRESIDENTA	» Lozano
LA ABADESA	» Valls
LEA	» Caba (J.)
VICTORINA	» Belver
BIBÍ	» Caba (P.)
UNA SEÑORITA	» Granda
INVITADA 1.ª	» Pujó (B.)
» 2.ª	» Rolli
» 3.ª	
EL ABATE PELEGRÍN	Sr. Bonafé
CUSINET	» García León
MONSEÑOR SIBU	» Perales
EL CARDENAL	» Caba
PEDRO	» Bruguera
FLORO	» Hidalgo
PLUMO	» Gutiérrez
DURÁN	» Sanz
DUPONT	» Ponzano
JORGE	» Oltra
JOSÉ	» Rovira
LANTIER	» Ponzano
UN AGENTE	» Gutiérrez
UN CLIENTE	» Sanz
» »	» Valdivieso
» »	» Pisa

La acción en Marne-la-Coqueta.

El acto cuarto en el restaurant «La Abadía de Theleme» de París. Epoca actual.



ACTO PRIMERO

Una gran habitación de aspecto rústico, que sirve al mismo tiempo de despacho y comedor en la casa del cura de Marne-la-Coqueta. Mobiliario sencillo y confortable, muy limpio, muy bien cuidado. Una mesa de comedor, un harmonium, un reloj, una mesa y un gran sillón de los llamados de orejeras. En el foro, gran puerta vidriera que da sobre un jardín donde están jugando varios chiquillos.

Al levantarse el telón es de día. Valeriana, el ama del cura, está poniendo el servicio de mesa en la mesita pequeña que se hallará colocada en un rincón de la escena.

Valeriana (*Mujer de cuarenta años; viste de aldeana, con su gran cofia, muy almidonada y muy limpia. Mientras pone el cubierto gruñe malhumorada, hablando sola.*) Eso es... Menos cuarto... Son las doce menos cuarto... y todos los días tenemos la misma canción. (*Imitando la voz del amo.*) «Valeriana... Almorzaré a las once y media en punto. ¡En punto!» Y cuando son las once y media en punto... no se sabe dónde está metido el señor cura...

Floro (*Cincuenta años. Aspecto de mayordomo de casa rica. Patillas, corbata de plastrón blanca.*

Chaleco a rayas negras y amarillas, y americana y sombrero flexible.) ¿Se puede pasar?

VALER. Hola, señor Floro... Entre usted señor Floro..

FLORO (*Exageradamente fino.*) Señorita Valeriana.. a los pies de usted...

VALER. (*Riendo.*) A mis pies... Qué bromista es usted, señor Floro... El primer mayordomo del Castillo de Bery no puede ponerse a los pies del ama de un pobre cura de aldea...

FLORO Es una manera galante de hablar... Aunque la advierto que si a usted la tocase un millón á la lotería, usted sería una dama mucho más distinguida que la señora que yo padezco... ¡Qué señora Cusinet de mis pecados!

VALER. ¿Qué dice usted?

FLORO Desde hace cincuenta años pasa de padres a hijos en mi familia el cargo de mayordomo del Castillo de Bery. Pues bien... Cuando yo veo ahora instalados en nuestra mansión señorial a los señores de Cusinet, presumiendo de personajes, pienso que gentes como estas no tienen derecho al respeto de la servidumbre.

VALER. (*Que ha preparado una botella y un vaso y le está sirviendo vino.*) Siéntese usted, señor Floro... ¡El respeto de la servidumbre! ¡Eso se se gana! ¡Hay que merecerlo!

FLORO (*Se sienta en el sillón.*) Figúrese usted... Ese animal de Cusinet que tengo ahora por amo... Un cualquier cosa... Un nuevo rico... Ya sabe usted que hizo su fortuna a costa de la guerra.

VALER. ¡Qué asqueroso!

FLORO Pues, ¿y la señora? Si usted la viera... Qué ademanes... Qué gestos... Qué maneras...

VALER. Por aquí la he visto pasar en auto algunas veces... ¡Qué horror! Los pelos dorados... la cara

pintarrajeada, los labios chorreando sangre... ¡Un carnaval! El hijo del maestro, que está estudiando en París, le ha dicho a su padre que la nueva propietaria del Castillo es lo que en París se llama ahora una gallina... (*Ambos se echan a reir. Inmediatamente Valeriana se pone seria.*) Diga usted, señor Floro... ¿Qué quiere decir eso? Porque las gallinas de mi gallinero no se parecen a esa señora...

FLORO (*Confidencial.*) Creo que en París, llaman así a las mujeres de cierta vida...

VALER. ¡Jesús, María! ¡Qué cosas inventan! Las gallinas que son unos animales tan útiles... y que se acuestan tan temprano...

FLORO Pues la gallina del Castillo se acuesta bastante tarde...

VALER. Y dormirá en la habitación de la señora Marquesa, que era una santa... ¡Qué quiere usted! El sobrino de la señora Marquesa no debió dejar que se vendiera el Castillo de su familia.

FLORO ¿El señorito Pedro? ¡Qué iba a hacer! Sus tíos no dejaron más que deudas...

VALER. ¡Ay, señor Floro!... Cuando nos hacemos viejos qué cosas vemos...

FLORO ¿Y qué dice el señor cura?

VALER. ¡Qué quiere usted que diga! El cambio de propietario le apenó mucho... La señora Marquesa le recibía todos los días en el Castillo con tanto cariño... Pero a esos Cusinet... ni los conoce siquiera.

FLORO (*Sacando una carta del bolsillo.*) Pues ahora los va a conocer...

VALER. ¿Eh?

FLORO Traigo una carta invitándole a tomar el te en el Castillo el martes que viene...

VALER. Pues le va a hacer muy poca gracia, porque lo que más no le gusta es el té...

FLORO ¿Dónde está el señor cura?

VALER. ¡Cualquiera lo sabe! Esta mañana tenía una reunión con los antiguos veteranos del pueblo... Y cuando va con los veteranos se le olvida volver a casa...

FLORO No puedo acostumbrarme a ver al señor cura asistir a esas reuniones.

VALER. Pues para él los veteranos están por encima de todo... Ya sabe usted que el señor cura hizo toda la guerra.

FLORO De sobra lo sé... No hay más que oirle las palabrotas que suelta a lo mejor... En cambio el señor Cusinet ha hecho también la guerra, pero sin asomarse al frente... Haciendo servilleteros de aluminio para el ejército ha ganado millones...

VALER. Dicen que quiere salir diputado por este distrito.

FLORO Es para morirse de risa... Habría que verle si le hicieran diputado...

VALER. Todo será que se lo proponga... Teniendo dinero...

FLORO Mire usted, yo... soy monárquico... Pero me revoluciono de pensar que pueda ser diputado... (*En este momento se oye dentro la voz del cura que llama al perro.*)

PELEG. (*Dentro.*) Ven aquí... Peludo... ¡Que vengas aquí!

VALER. Ya viene el señor cura. (*Entra el abate Pelegrín, trayendo atado a Peludo y hablando con él.*)

PELEG. (*Es un hombre de treinta y cinco a cuarenta años. Viste como los sacerdotes franceses: sota-*

na, solideo, sin manteos y bastón. Debajo de la sotana llevará un pantalón corto y vendas en las piernas. Calza gruesos zapatos de campo.) ¿Lo ves, Peludo? ¿Lo ves? Te tengo que traer atado... ¿No te da vergüenza? Atado como si fueras un ridículo perro de salón... ¿Crees tú que a mí me da gusto tenerte que traer así? Además que no sé si te traigo yo o eres tú el que me traes a mí...

FLORO Buenos días, señor cura.

PELEG. ¿Cómo? ¿Usted por aquí, Floro? ¿Qué, siempre en el castillo, eh?

FLORO Siempre, señor cura...

PELEG. Una plaza de rechupete, ¿eh? ¡Menudo filón!

VALER. (*Haciéndole señas para que vea el reloj.*) Señor cura...

PELEG. Sí, mujer... Ya lo sé... Que vengo tarde. ¿Es eso lo que quieres decirme?

VALER. Si... Viene usted tarde... pero lo que yo quiero decirle es que se fije en las patas de Peludo...

PELEG. ¿Qué tienen las patas de Peludo?

VALER. ¡Que van a tener... Barro... Basura... Yo que he limpiado el piso tan bien esta mañana...!

PELEG. (*Riendo.*) Bastante más sucias las tenía el día que le recogi herido en la trinchera ¿Eh? Peludo... ¿Vaya un barrizal... Aquel piso no le habian dado cera... Pero, ¿porque pones ese morro?

VALER. ¡Yo señor cura ...!

PELEG. Estoy hablando con Peludo... ¡Ah! Ya sé... Porque te tengo atado... Pues tu te tienes la culpa. Además que en este mundo, amigo mio, todos llevamos nuestra cadenita, no creas... Aquí me tienes a mí, la encargada de atarme es Valeriana... ¡Y vaya si aprieta! ¡Ah! ¿A que no sa-

beis, lo que acaba de hacer este animal? Al pasar por la carnecería ha saltado al mostrador ha cogido una cabeza de ternera y ha salido corriendo y ya no le he vuelto a ver hasta que no dió fin de la cabeza. .

VALER. ¡Que atrocidad!

PELEG. (*A Peludo.*) Yo debía haberte dado uua paliza.. (*A Floro:*) Pero no puedo... Cuando le pego me parece que soy yo el que cobra. (*A Peludo.*) ¡Ea! Quedamos en que no lo volverás a hacer ¡Verdad? ¿No? ¿De veras? ¿Si? (*Desatándole.*) Bueno, pues anda con Dios. (*Le da un beso.*) Y que te haga buen provecho la cabeza de ternera. (*A Floro.*) Conque, amigo Floro. ¿Qué le trae a usted por aquí?

FLORO El señor Cusinet, mi amo, me ha dado una carta para usted... Aquí está... Y ahora perdone usted que me vaya... Me esperan en el Castillo...

PELEG. Pues: paso redoblado ¡March!...Pero antes pase usted por la cocina que Valeriana le dará un vaso de vino.

FLORO Ya me le ha dado, ya...

PELEG. No importa...tome usted otro... Pero del bueno ¿eh? Valeriana... Del bueno... De ese que tienes escondido para beberle tú sola... (*Riendo.*)

VALER. ¡Qué cosas dice el señor cura!

FLORO (*Riendo.*) Muchas gracias, señor cura... Hasta otro rato...

PELEG. Adiós, Floro... (*Valeriana y Floro vánse.*) Voy a ponerme fresco... Hacía un calor en esa carretera... (*Se quita el solideo y se pone una gorra de cuartel. En seguida se levanta los dos picos de la sotana prendiéndolos en ambos lados de la cintura y se sienta en el sillón. Saca*

la pipa, la enciende y fuma. Peludo se tiende a sus pies.) ¡Uff! ¡Qué bien se está así! *(Lanza dos ó tres bocanadas de humo sin decir nada y después de una pausa se decide a abrir la carta que le ha dado Floro. La abre, la lee... Se queda un instante pensativo... La vuelve a leer... Entra Valeriana.)*

PELEG. ¿A que no adivinas lo que me dicen en esta carta?

VALER. Que vaya usted a tomar el té al Castillo.

PELEG. *(Sorprendido.)* ¿Eh? ¿Y cómo lo sabes tú?

VALER. Porque el señor Floro me lo ha dicho...

PELEG. ¿Y que te parece a tí esta invitación?...

VALER. A mí me parece que no me parece nada... Eso, allá el señor cura...

PELEG. A otro perro con ese hueso... Puede que creas que no te conozco... A tí no te gustaría que yo metiera el hocico en el Castillo...

VALER. Es posible.

PELEG. Y después de todo ¿porqué no? Son mis fieles como los demás.

VALER. ¡Valientes fieles!

PELEG. No seas mala lengua...

VALER. Y en cuanto a la señora todo el mundo dice que es una gallina...

PELEG. *(Dando un brinco.)* ¿Qué dices, Valeriana?

VALER. Usted que ha sido soldado sabrá de sobra lo que quiere decir eso... Parece que así es como llaman ahora a las que no son mujeres de bien...

PELEG. Lo sé... Lo sé... Pero te recomiendo que no emplees esas expresiones...

VALER. Ya habrá usted dicho otras peores en las trincheras.

PELEG. Desde luego... Pero el ama de un cura no debe comparar a las fieles con las gallinas...

VALER. Las fieles ¡Las fieles! Puede que esas gentes del Castillo ni siquiera vayan a misa... Y si van, de seguro que pasan de largo por la Iglesia del pueblo para irse a la Catedral de la Ciudad...

PELEG. Lo veremos... Por lo pronto la que ha venido a misa varias veces ha sido la hija de esos señores.

VALER. Sí... Ya sé... Una señoritinga...

PELEG. Nada de eso; una joven muy linda y muy buena... Ha estado muy cariñosa conmigo, de manera que no sé por qué no voy a corresponder yo yendo a tomar una taza de agua caliente con sus señores papás...

VALER. Sí? Pues si va usted, ya sé yo lo que dirá la gente.

PELEG. ¡Bah! (*Encogiéndose de hombros.*) La gente...

VALER. Sí, señor, sí... La gente... Los socialistas, los obreros, los librepensadores...

PELEG. Me los sé de memoria. No son tan malos como crees... Además que librepensadores ya no quedan ¿Se puede pensar con libertad? ?Dónde?

VALER. Ya verá usted como dicen que ha ido usted a adular a esos nuevos ricos.

PELEG. ¿Porqué no? Si ese nuevo rico puede ser útil a mis pobres...

VALER. No pensarán ellos como usted... Es tan malo el mundo.

PELEG. (*Sonriendo.*) No lo creas... No es tan malo...

VALER. El otro día oí que decían: Lo que le perderá al Abate Pelegrín es ser tan *otimista.*

PELEG. Optimista, Valeriana, optimist... *Peludo*... Soy optimista...

VALER. Qué quiere usted.. Yo no he... Seminario.

PELEG. Pues bien... Supongamos que... No es ningún pecado... Hay c... sas por el lado bueno, porqu... do tiene su lado bueno... H... echarle una capa de rom... ¿Y... Nada, nada... Iré a tomar el té... el Sr. Cusine...

VALER. Por mí puede usted ir con c... quiera... Ya verá usted el qu... los antiguos veteranos de la g... sepan.

PELEG. ¿Y qué puede importar a mis... antiguos veteranos sí?

VALER. ¡Verle a usted del brazo de u... explotador de la guerra! D... cura vestía... estaba co... ra que viste... se va co...

PELEG. (*Dudando.*) ... que teng... *na.*) En fin, ...nos ..

VALER. Está bien visto... Créame us... No se deje usted traer y llev...

PELEG. (*Cada vez dudando mas.*) Sí, ... dré un pretexto para no i... ...

VALER. Muy bien... Si ir... sien ya ... hace... Ah... usted a al... Siéntese usted ... mes ... (S... *nido de una campana.*) ¡Ay, ... visita, señ...

PELEG. A estas h...

VALER. Voy a de... está ...

PELEG. ¿Estás loca? ...

die...! Yo... Olvidas que el Señor ha dicho! ¿«Llamad y os abrirán...»?

VALER. (*Malhumorada.*) De seguro que no dijo eso a la hora de almorzar... (*Mirando al jardín.*) Es una señora... Mejor dicho, es una señorita...

PELEG. Pues vamos a recibirla...

VALER. Pero quítese usted la gorra, señor Cura... Pronto... Quítesela usted... Y suéltese la sotana... Se le están viendo las vendas hasta las rodillas... (*El cura se quita la gorra.*) ¿Y los pelos?... Péinese un poco... Ande... Deprisa...

PELEG. (*Azorado.*) ¡Bueno! Bueno! ¡Que tiranía! (*Obedeciendo.*) Ya voy... Ya voy...

VALER. Y llévese usted al Peludo...

PELEG. Anda, *Peludo*... Anda, hombre... Verdaderamente, no debe ser muy agradable siempre la vida de los casados... (*Vase el cura. Una pausa. Entra Genoveva.*)

VALER. Adelante, señorita.

GENOV. ¿El señor cura podría recibirme? Soy la señorita de Cusinet.

VALER. ¡Ah! ¿La señorita es la nueva señorita del Castillo?

GENOV. Justamente.

VALER. El señor cura sale en seguida. Está muy ocupado... Creo que está meditando el sermón que tiene que pronunciar el domingo.

GENOV. (*Tímidamente.*) Yo no quisiera molestarle...

PELEG. (*Dentro, gritando desaforadamente.*) ¡No, no.... Eso si que no... A ver que va à ser esto... Crees que no te he aguantado bastante, *so cochino*: ¿No estás harto después de haberte comido una cabeza de ternera... Sinvergüenza...

GENOV. Me parece que el señor cura ha terminado ya su meditación...

PELEG. (*Sale y cierra rápidamente la puerta.*) No, señor... ¡Castigado!

GENOV. Buenos días, señor cura.

PELEG. Hola, señorita... Muy buenos días... Es usted la primera que viene a hacer la visita al señor cura... Mil gracias... Es usted muy amable.

GENOV. Crea usted que siento bastante venir a molestarle, distrayéndole de sus trabajos...

PELEG. ¿De mis trabajos?

GENOV. Del sermón que está usted preparando... Su Gobernanta me lo acaba de decir...

PELEG. ¡Ah! ¿Ha sido mi gobernanta...? (*Mirando a Valeriana.*) Bien, bien... Señora gobernanta, saque usted al perro de mi alcoba y lléveselo a la cocina... Como la emprenda con mi edredon le va a dejar sin tripas... (*Vase Valeriana.*)

GENOV. ¿Le molesto a usted a esta hora? ¿No le interrumpo el almuerzo?

PELEG. Qué cosas dice usted, señorita... No faltaba más...

VALER. (*Sale con el perro.*) Anda, bandido... Granuja... Ahora te arreglaré yo... (*Vase llevándose al perro.*)

GENOV. He venido a hablar con usted, señor cura, porque necesito que me aconseje.

PELEG. ¿Que le aconsejo yo?

GENOV. Sí, señor. Verá usted. Quisiera hacer alguna caridad en este pueblo donde mi familia y yo nos hemos instalado. Pero, la verdad, no sé cómo.

PELEG. A mí me parece que usted sabe hacer muy bien las cosas, señorita. Hace una semana que vive usted en el Castillo y ya la he encontrado a usted varias veces en las casas de los pobres que yo visito...

GENOV. Sí, pero conozco poco a la gente... He ido al azar... Por ejemplo, a casa de esa pobre ancianita donde usted me vió...

PELEG. ¡Ah! Sí... La tía Casorios.

GENOV. Eso es... La tía Casorios creo que la llaman en el pueblo... Nuestro mayordomo me dijo que era una pobre muy änciana y muy enferma.

PELEG. Ochenta y siete años es una enfermedad grave. Es una santa mujer; sí, señorita. La limosna que usted dé allí estará bien colocada. Es una vieja y parece por su inocencia una niña... Figúrese usted que el otro día me preguntó cómo se las arreglaría ahora en el Paraíso con sus tres maridos que la esperan allá arriba... Porque la tía Casorios es tres veces viuda...

GENOV. ¿Y qué la dijo usted, señor cura?

PELEG. Pues la dije... «No se haga usted mala sangre, tía Casorios... En el paraíso se arregla todo muy bien. Sus tres maridos la recibirán con los brazos abiertos; el más antiguo, el primero, claro está... Y luego los cuatro juntos se darán ustedes allá arriba la gran vida en familia... Alguna vez la tenía que tocar a usted.

GENOV. Ya veo que tiene usted contestación para todo, señor cura...

PELEG. Y que remedio, señorita... Es nuestro oficio... digo... nuestro ministerio... Nos hacen a veces unas preguntitas tan imprevistas...

GENOV. Me hän recomendado también a una persona muy desgraciada: La Catalina.

PELEG. Figúrese usted si será desgraciada la pobre. ¡Seis hijos!...

GENOV. Quisiera que se encargase usted de llevarla algún dinero y unas ropitas...

PELEG. ¿Por qué no va usted misma?...

GENOV. Es que en mi casa dicen que allí no debe ir una muchacha...

PELEG. ¿Por qué? ¿Porque la Catalina no está casada? No será por culpa de ella... ¡Bah! Una casa donde hay niños es siempre una casa digna de respeto.

GENOV. Tiene usted razón... Iré yo misma. *(Entra Valeriana, que se dirige al aparador y oye la conversación.)*

PELEG. Hace usted muy bien interesándose por los desgraciados... Eso demuestra que, tanto usted como su padre, son personas bondadosas.

GENOV. *(Vivamente.)* Mi familia se asocia también a todas las buenas obras, desde luego... Pero tienen tantas cosas...

PELEG. Lo creo, lo creo... En menudo lío de negocios estará metido su papá de usted...

GENOV. No, no es mi padre...

PELEG. ¡Ah! Entonces es que su mamá, la señora Cusinet se casó con...

GENOV. No es mi mamá tampoco... A mi mamá la perdí siendo yo muy pequeña... El señor Cusinet es mi tío y mi padrino. El me ha educado. Me quiere como un padre.

PELEG. Y hace muy bien.

GENOV. Y es muy bueno... muy generoso... Ya verá usted: los pobres que usted socorra no podrán tener queja de él. Además queremos hacernos perdonar de todos nuestra entrada en el Castillo...

PELEG. ¿Perdonar? ¿Por qué?

GENOV. Ya comprenderá usted que nosotros, en cierto modo, somos unos intrusos... Ahí es nada...

Posesionarnos del dominio donde los marqueses de Bery habitaron tantos siglos...

PELEG. Pero señorita, por Dios...

GENOV. No, no diga usted que no... Aquí todo el mundo debe mirarnos con malos ojos. Por eso la única manera de conseguir que no sean malos con nosotros es que nosotros seamos buenos con todos ellos... ¿No es verdad, señor cura?

VALER. ¡Pues es muy simpática esta muchacha!

PELEG. *(A Valeriana.)* Yo no te he dicho nunca lo contrario. *(Cogiendo una mano a Genoveva.)* Hija mía... es usted muy buena... Hay cosas que saltan a la vista... Y usted es muy buena... Sí señor... Muy buena...

GENOV. No le entretengo a usted más, señor cura. Me voy.

VALER. *(Interviniendo.)* Pero, ¿va usted a dejar que se vaya la señorita sin ofrecerla alguna cosa...

GENOV. No señora, no... Muchas gracias...

VALER. ¡Cómo que no! Vaya... No faltaría más. La señorita, va a tomar una copita de Málaga con unos bizcochos... *(El cura da señales de inquietud.)* Tenemos un vino de Málaga maravilloso. Son unas botellas que el señor marqués de Bery regaló al señor cura hace muchos años... *(Al cura.)* ¿Verdad que es un vino magnífico?

PELEG. *(Balbuceando.)* Sí... sí... Muy bueno... Era muy bueno...

GENOV. *(Sonriendo.)* Un regalo de los antiguos dueños del Castillo? ¡Ah!... En ese caso...

VALER. Va usted a verlo. Va usted a verlo...

PELEG. Sí, sí... *(Aparte.)* (Ahora verás tú lo que vas a ver.)

VALER. *(Rebuscando en el aparador.)* Pero, ¿dónde

está el Málaga? Si la semana pasada había aquí dos botellas intactas...

PELEG. Es verdad...

VALER. ¿Y los bizcochos? Dios mío... Tampoco están los bizcochos... Pero esto es el colmo...

PELEG. (*Tímidamente.*) Verdaderamente... no comprendo.

VALER. ¡Ah! Usted no lo comprende ¿eh? No lo comprende...

PELEG. Escucha, Valeriana...

VALER. No señor... No escucho nada... ¡Ea! Ya estoy harta... ¡Harta!

GENOV. (*Sonriendo.*) ¿Pero qué quiere decir?...

VALER. Que en esta casa no puede haber nada. Hace dos días se nos acabó el azúcar de pronto; la semana pasada desapareció todo el vino de la cueva... ¡Diez litros, señorita, diez litros! En cuanto al café no quiero decirla a usted... Le compro por cuartos de kilo y se va como el humo. ¡Esto no es vivir!

GENOV. Pero, ¿quién es el que roba al señor cura?

VALER. ¿Quién? El señor cura... El señor cura mismo... ¡Para sus pobres!

GENOV. (*Riendo.*) Pero ¡señor cura...!

PELEG. Escucha mujer... El médico me dijo que la pobre tía Casorios necesitaba un vino que la entonase... Yo pensé, que el Málaga era el más indicado.

VALER. (*Furiosa.*) Mire usted, señor cura... Usted es... ¿Sabe usted lo que es usted... Usted es un...

PELEG. (*Deteniéndola.*) ¡Calla! ¡Calla!

VALER. ¡Un ratero!

PELEG. (*Suspirando.*) ¡Ay! ¡Qué miedo he pasado! Creí que iba a llamarme otra cosa...

VALER. Perdone usted señorita... Yo quería ofrecerla a

usted una copita de vino pero con un hombre como este es imposible tener nada en casa...

GENOV. No se apure usted por mí... Yo lo aceptaba solamente por no desairarla...

PELEG. ¿Lo ves? ¿Lo ves? Por no desairarte...

GENOV. No tengo costumbre de tomar nada entre horas...

PELEG. ¿Lo oyes? No toma nada...

GENOV. Conque, hasta otro ratito, señor cura.

PELEG. Hasta la vista, señorita.

GENOV. Hasta muy pronto, porque creo que está usted invitado el martes en el Castillo...

PELEG. Sí... es verdad... pero...

GENOV. ¿Cómo pero? ¿Pero qué? Si no va usted yo me incomodaré mucho con usted... Mucho. Y como Valeriana está incomodada con usted también... pues estará usted incomodado con todo el mundo.

PELEG. (*Consultando con la mirada a Valeriana que sonríe.*) Entonces... Entonces, bueno... Iré.

GENOV. Así me gusta... Hasta el martes, señor cura. ¿Le gusta a usted el té...?

PELEG. Mucho... Cuando estoy malo...

GENOV. (*Confidencialmente.*) Para los que no toman té hay vino de Oporto...

PELEG. ¿Oporto?

GENOV. ¡Pero del bueno!

PELEG. ¿Del bueno? De modo que si no voy no hay Oporto del bueno...

GENOV. Del bueno... Tan bueno como el vino de Málaga que usted tenía...

PELEG. (*Amenazándola con el dedo.*) ¡Señorita...! (*Vase Genoveva.*)

VALER. Muy simpática la chiquilla... Sí, señor... Ha hecho usted bien en decir que irá...

PELEG. ¿Tu ves, Valeriana? No había manera de faltar al té de los Cusinet...

VALER. (*Suspirando.*) ¿En fin... puedo ya freir los huevos?

PELEG. ¡Fríelos!

VALER. ¡Ah! (*Desconfiada.*) Supongo que el señor cura no habrá *limpiado* los huevos del gallinero para sus pobres?

PELEG. Valeriana... no hagas juicios temerarios! Sí; me los he llevado...

VALER. ¿Eh?

PELEG. Me los he llevado pero he dejado dos...

VALER. ¡Dios mío de mi alma! (*Levantando los brazos al cielo.*) Este hombre me va a matar...

PELEG. No te mueras y date prisa... Son las doce y media y tengo un hambre...

VALER. Un día no tendremos pedazo de pan que llevamos a la boca...

PELEG. (*Viendo un rollo que habrá colocado sobre el harmonium.*) ¿Que papeles son estos?

VALER. ¡Ah! Se me olvidaba... Lo han traído esta mañana... Son los nuevos cánticos para las Hijas de María... (*Vase Valeriana.*)

PELEG. (*Desdoblando el rollo.*) Los nuevos cánticos... Cómo si no fueran buenos los que ya tenemos... (*Coloca el rollo en el atril y se sienta.*) Y es que ya no saben qué inventar... ¡Nuevos cánticos! Nuevos cánticos... (*Sentándose al harmonium.*) Los más antiguos serán siempre los mejores... (*Canta.*)

«En el mes de María
y llenos de emoción,
cantemos a porfía
una nueva canción...»

¿Una nueva canción? Aquí está la nueva canción... (*Cambia los tonos del harmonium y rompe a cantar a toda voz:*)

La Madelón ni arisca ni exigente...
La Madelón a todos trata igual...

(*Entra Valeriana que se queda estupefacta escuchándole.*)

y ofreció su amor a todo el frente

VALER. ¿Qué es lo que canta el señor cura?

PÉLEG. (*Cantando.*) ¡Del soldado al general!

VALER. ¡Pero eso no es un cántico religioso!

PELEG. (*Con voz de trueno.*) Que no es un cántico religioso. Que no es un cántico... Es el cántico de los Peludos... (*Entran precipitadamente unos cuantos chiquillos acompañados del perro Peludo con gorros y sables de papel y se quedan colocados frente al público en pié. El perro, sí es posible, se colocará sobre las patas traseras, mientras el cura continúa cantando:*)

La Madelón que es vida, luz y gloria
dió sin contar sus horas de pasión...
Madelón fué el Canto de Victoria,
¡Madelón! ¡Madelón! ¡Madelón!

(*El telón comienza a caer lentamente en el primer Madelón.*)

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

Un salón amueblado con gusto y confort, en el Castillo de Bery. Cuadros en las paredes, y entre ellos dos retratos de la Sra. Cusinet, uno con vestido de enfermera, y otro, atrevido y vaporoso.

Al levantarse el telón, Floro, subido en una escalera de mano, está colocando un cuadro en la pared bajo la dirección de Cusinet. La señora Cusinet y Genoveva, ocupadas en poner diversos bibelots en una vitrina, estarán vueltas de espaldas al grupo que forman Floro y Cusinet.

CUSINET — (*A la señora Cusinet.*) ¿Liseta? (*Más fuerte.*) Liseta...

SRA. CUSIN. — (*De pronto.*) ¿Eh? ¿Qué te pasa?

CUSINET — ¿Has visto el retrato de mi abuelo?

SRA. CUSIN. — Parece un vendedor de queso...

CUSINET — ¡De queso! ¡De queso! ¡Insolente! Claro, que es verdad que primero vendió queso, pero luego se puso a fabricarle, que no es lo mismo... Y esa fué la base de la fortuna de los Cusinet...

FLORO — (*Solemne, desde lo alto de la escalera.*) El abuelo del señor ha quedado colgado por segunda vez...

CUSINET ¿Colgado? ¿Qué dice usted? ¿Mi abuelo colgado por segunda vez?...

FLORO La primera vez le colgamos en el pasillo.

CUSINET Floro, mucho cuidado con aquel retrato, ¿eh? Por Dios, no se vaya a romper... Que me ha costado cien mil francos...

FLORO ¿Es un cuadro antiguo?

CUSINET ¿Un cuadro antiguo mi mujer?

FLORO ¡Ah! ¿Es el retrato de la señora?

CUSINET Vamos, vamos... (*A Genoveva.*) Ayúdale tú, Genoveva... (*A la señora Cusinet.*) ¿Has visto? Floro se ha escandalizado al ver tu retrato.

SRA. CUSIN. No sé por qué...

CUSINET Debiste hacerte ese retrato un poco más vestida...

SRA. CUSIN. Mira, cuando se tienen buenas formas, toda la ropa estorba... Y tú sabes demasiado que la Prensa entera hâ proclamado cien veces que mi desnudo es perfecto, que soy el mejor desnudo de París... Eso lo sabe todo el mundo.

CUSINET Sí, sí... Pero te suplico que no hablemos de tu desnudo... Tú no eres ya la señorita Liseta de Lisar, artista del Casino de París... Ahora eres la señora Cusinet, una dama del gran mundo...

SRA. CUSIN. Puede que creas tú que las damas del gran mundo no enseñan...

CUSINET (*A Floro.*) Llévese usted ahora todos esos chismes... (*Floro vase con la escalera y la caja del cuadro.*) Anda, Genoveva, tráeme un cuaderno para hacer el catálogo de todos los cuadros...

GENOV. ¿No sería mejor comprar un fichero?...

CUSINET No, no... Un cuaderno... Un cuaderno de papel rayado... para no torcerme al escribir.

GENOV. Voy a buscarle... (*Vase Genoveva.*)

CUSINET (*A la señora Cusinet.*) Y tú, ¿qué haces aquí?

SRA. CUSIN. Ya lo ves... Te miro... Te escucho...

CUSINET Pero, ¿y tus invitados? Olvidas que tenemos invitado al te de hoy al señor Vicario general, a Monseñor Sibú? Para nosotros es importantísima esta recepción... Tenemos que conquistarle a fuerza de atenciones... Quiero ser diputado y necesito la ayuda de todo el mundo... De los obreros y de los patronos... De los masones y de los curas... De todo el mundo.

SRA. CUSIN. Bueno, hombre, bueno; no te preocupes... Voy a dar un vistazo por dentro. .

CUSINET ¡Ah! Oye...

SRA. CUSIN. (*Volviendo.*) ¿Qué?

CUSINET Mucho cuidado con Monseñor, no vayas a meter el zapatito... Procura ser correcta, mujer... Eres una dama del gran mundo.

SRA. CUSIN. (*Ofendida.*) Pero ¿quién eres tú para darme lecciones? En todo caso sería al revés... ¡Vaya! He empezado por elevarte hasta mí, haciendo de tí, que eras un hombre vulgar, el marido de una gran artista...

CUSINET Sí, mujer, sí...

SRA. CUSIN. No lo olvides... ¡De una gran artista!...

CUSINET Pero, mujer...

SRA. CUSIN. Ahora ya podrás ser diputado, ministro, presidente del Consejo... Lo que quieras. Pero donde nos presentemos, yo haré siempre mejor figura que tú...

CUSINET Sí, sí... Lo que es si tuviéramos que recibir en el Elíseo...

SRA. CUSIN. ¿En el Elíseo? ¿En el Elíseo? Mi presencia allí sería sensacional. Yo he hecho en el Casino de París, papeles de reina y de emperatriz... De emperatriz, fíjate bien. ¡Y había que verme!

Y me parece que eso es algo más que interpretar una simple presidenta de la República... ¡Bah! Tú qué sabes de eso... ¡Idiota! *(Vase.)*

CUSINET Decididamente no voy a hacer carrera de ella. ¡Es de una incomprensión! De una incomprensión... (*Se dispone a sacar los libros de una caja.*) Vamos a sacar estos libros. ¡Ah, los libros!... El alimento espiritual... La gimnasia del cerebro... Esto educa... Esto... (*Leyendo.*) «Fantomas», «Rocambole»... Y qué encuadernación... Piel de Rusia auténtica. (*Va colocando los libros sobre la mesa. En el momento que tiene metida la cabeza en el cajón, aparece Pedro en el umbral de la puerta del foro.*)

PEDRO (*Después de una pausa.*) Diga usted... ¡Eh!... Pssitt... Buen hombre...

CUSINET (*Sacando la cabeza del cajón.*) ¿Eh? ¿Quién anda ahí?

PEDRO ¿Quiere usted hacer el favor de pasar esta tarjeta al señor Cusinet?

CUSINET (*Cogiéndola.*) Pues ya está...

PEDRO ¿Cómo?

CUSINET Que aunque así como estoy no lo parezca, el señor Cusinet... soy yo.

PEDRO ¿Usted? Perdone usted, caballero, pero como no he encontrado ningún criado que me anunciara, al verle a usted...

SRA. CUSIN. Sí, no tiene nada de particular...

PEDRO Permita usted que me presente... Soy Pedro de Bery...

CUSINET ¿Pedro de...? ¿Usted? ¿El sobrino de...?

PEDRO Justamente... El sobrino de...

CUSINET Tanto honor... (*Tendiéndole la mano.*) Siéntese usted... Sientese... Mi esposa me ha hablado mucho de usted...

PEDRO ¡Ah! ¿Ella le ha hablado...?

CUSINET Me dijo que el otro día tuvo usted la amabilidad de acompañarla cuando se estravió en el bosque...

PEDRO Es cierto...La señora Cusinet andaba buscando el camino y no le encontraba... Yo tuve el gusto de orientarla...

CUSINET Sí, mi mujer es un poco distraida y se extravía fácilmente... No tuvo jamás el sentido de la orientación...

PEDRO La señora Cusinet me hizo el honor de invitarme...

CUSINET Y ha venido usted... Y ha hecho usted muy bien ... Si, señor... Yo hago mía la invitación... Sea usted bien venido a mi castillo... Digo, a su castillo... o mejor... a nuestro castillo. Le encontrará usted un poco cambiado, ¿verdad? Es que le he modernizado... Hay que tener en cuenta que no hace más que quince días que vivimos aquí... Estamos en plena instalación... Por eso no he podido visitar a nadie todavía.

PEDRO Yo conozco a todo el mundo en el distrito y si puedo ser a usted útil...

CUSINET Sí, señor, pero, la verdad, temo abusar...

PEDRO De ninguna manera... No faltaba mas... Disponga usted de mí...

CUSINET ¿De veras? Pues entonces ayúdeme usted a llevar esta caja a aquel rincón...

PEDRO Lo que usted quiera...

CUSINET Cójala usted de un lado... Un... dos... tres... Pesa ¿eh? Pues no hay más que libros, pero la literatura es muy pesada... (*Llevan entre los dos la caja. Entra la señora Cusinet.*)

SRA. CUSIN. ¡Ea! Ya está todo preparado... Pero, ¿qué estás haciendo?

PEDRO (*Sin soltar la caja y muy finamente.*) Señora... Tengo mucho gnsto en saludar a usted...

SRA. CUSIN. ¿Cómo? ¿Usted? ¡El señor de Bery!... (*A Cusinet.*) Pero, ¿has tomado por un mozo de cuerda al señor de Bery?

CUSINET ¿Qué cosas dices? Le he pedido que me echase una mano... ¿Qué tiene de particular?

SRA. CUSIN. Te tomas unas confianzas...

PÉDRO No señora, no. Yo estoy encantado. Con los amigos debe haber confianza y a mí me gusta que me traten como amigo... (*Han dejado la caja en un lado de la escena. Genoveva entra detrás de la señora Cusinet, y al ver a Pedro queda sorprendida.*)

CUSINET ¡Ah! Voy a presentar a usted a mi sobrina...

PEDRO (*Saludando.*) Señorita...

GENOV. Ya conozco a este caballero. Hemos venido en el mismo departamento en el exprés hace pocos días.

PEDRO ¿Sí?... Es posible... Yo venía de Burdeos... Perdone usted si no me fijé...

GENOV. Yo sí me fijé porque fumaba usted mucho... sin pedir permiso, claro.

SRA. CUSIN. Supongo que se quedará usted a tomar el té con nosotros... si no le dan miedo los curas, porque el té de hoy es un té... eclesiástico.

PEDRO ¿Va a venir el señor cura?

SRA. CUSIN. Le hemos invitado pero es que esperamos también a Monseñor Sibú.

PEDRO ¿El nuevo Vicario general?

SRA. CUSIN. Justamente. No sabe usted como nos recibió el día que fuimos a visitarle en el Arzobispado.

CUSINET Es muy distinguido... ¡Vaya!... Mucho más amable que el cura de aquí... Al cura de este pueblo no le vemos nunca.

PEDRO No me sorprende. El cura de mi pueblo es un poco salvaje.

GENOV. Está muy ocupado siempre... Tiene tantos pobres...

CUSINET Pero es que su obligación no es ocuparse solo de los pobres. *(A Pedro.)* Señor de Bery... ¿un cigarro? Le advierto que son excelentes...

PEDRO Gracias... No fumo cigarros...

CUSINET Le digo a usted que son magníficos. Me cuestan a veinte francos la pieza... ¿Qué?... Prefiere usted un cigarrillo. Aquí tiene usted egipcios que vienen directamente del Cairo...

PEDRO No, no... Me gustan más estos que vienen directamente del estanco. *(Sacando una cajetilla y dirigiéndose a Genoveva.)* Si la señora y la señorita me lo permiten...

GENOV. *(Amenazándole con el dedo.)* ¡Fumador!

SRA. CUSIN. Yo sí... yo si fumo...

CUSINET ¿Quieres? *(Ofreciéndole un cigarro.)*

SRA. CUSIN. *(A Pedro)* De los de usted... de los de usted...

PEDRO Son ordinarios...

SRA. CUSIN. Son los que más me gustan. *(Coge un cigarillo)* Gracias.

PEDRO Creo que tenemos los mismos gustos.

SRA. CUSIN. *(Con intención)* Los mismos. *(Encienden juntos los cigarrillos; suena dentro una campana.)*

CUSINET Una visita.

SRA. CUSIN. ¡Ay! ¡Dios mío! Debe ser el señor Vicario. *(A Cusinet y a Pedro.)* Recíbanle ustedes, ¿eh? Yo voy a arreglarme un poco y vuelvo enseguida. ¿Vienes Genoveva?

GENOV. Vamos, Lilí. *(Vanse la señora Cusinet y Genoveva.)*

CUSINET ¿Y me dejan solo?

PEDRO Tranquilícese usted, no es el señor Vicario, es el señor Cura.

CUSINET ¿El señor Cura?

PEDRO (*Desde la puerta.*) Simpático Pelegrín. Qué bueno es... ¡Qué santo!

CUSINET ¿Tan amigo es usted de él?

PEDRO Sí somos amigos. Juntos salimos para ir al frente; juntos hicimos la campaña en el mismo regimiento; él como enfermero, yo como jefe de sección... El abate Pelegrín me salvó la vida una noche... A él se la debo.

CUSINET Perfectamente. En ese caso me va usted a hacer el favor de recibirle mientras yo me cepillo un poco... ¿No se molesta usted, verdad? Mi mujer tenía razón en decir que es usted muy simpático. (*Vase Cusinet.*)

FLORO (*Hablando con el señor cura desde dentro.*) Todos bien, señor cura. Por aquí no ocurre ninguna novedad... (*En el umbral*) Pase usted señor cura... ¡Ah! No está aquí el señor.

PEDRO No, pero viene enseguida. (*Vase Floro.*)

PELEG. ¿Como? ¿Pero eres tú, Pedro? ¿Que haces aquí? ¿Eres amigo de los nuevos propietarios de esta que fué tu casa?

PEDRO Conocí por casualidad hace pocos días en el bosque a la señora Cusinet y hoy acabo de conocer a su marido.

PELEG. Me alegro, porque así me darás informes de estos personajes.

PEDRO Ya lo ves. ¡De primera!

PELEG. Y el señor Cusinet, ¿qué clase de pájaro es?

PEDRO Buena persona... Nuevo rico. Rico de pronto.

PELEG. Vamos sí: Un cuervo de la guerra. ¿Y la señora Cusinet?

PEDRO ¡Cosa buena!

PELEG. ¿Buena cristiana?

PEDRO Puede que lo sea... Un poquito libre al hablar, porque a veces se le escapan ciertas expresiones...

PELEG. Eso no es grave... A mí me ocurre lo mismo... En ocasiones sale el veterano de debajo de la sotana y largo unas palabrotas que no son para andar por los salones... Pero eso no quiere decir nada...

PEDRO De todos modos es una mujer muy bonita, muy parisina, un poco loca y bastante maquillada.

PELEG. Sí... Eso ya me lo dijo Valeriana... Mucho blanco en la cara, mucho azul en los ojos y mucho rojo en el pico... Una mujer tricolor, como el pendón del regimiento.

PEDRO Lo cual no quita para que sea muy buena, muy caritativa y muy generosa, según se dice.

PELÉG. Tanto mejor... Me alegro por mis pobres.

FLORO (*Entra precipitadamente.*) Señor cura... Señor cura...

PELEG. ¿Que ocurre, Floro?

FLORO El perro del señor Cura...

PELEG. ¡Peludo! Pero habráse visto perro más sinvergüenza... Eso es que me ha seguido.

FLORO Le advierto al señor cura que está armando un cisco de todos los diablos... Va a destrozar las flores del invernadero...

PELEG. Pero ¿ha metido las patas en el invernadero?...

FLORO ¿Quiere el señor cura que introduzca aquí al perro?...

PELEG. ¿Introducirle? Eso es muy fino, hombre... Echale para aquí... Con eso basta para que entre... sin introducirle.

FLORO Voy por él...

PELEG. ¡Ah! Oye Floro... Y no te molestes en anun-

ciarle, ¿sabes? *(Vase Floro. A Pedro.)* Es terrible. No puedo dar un paso sin que me siga. Cuidado que le encierro pero ¡que si quieres! No sé cómo se las arregla para escaparse. *(Entra el perro que va a colocarse al lado del cura.)* Pero, ¿y a tí te parece bien esto? ¿Es esa la educación que yo te doy?

PEDRO (*Acariciándole.*) ¡Bien, Peludo, bien!

PELEG. ¡Mira como te ha conocido!

PEDRO Es que somos antiguos amigos... ¿Verdad Peludo? Que... ¿No echas de menos las trincheras? (*Al cura.*) Dime... ¿Y la herida? ¿Se resiente todavía!

PELEG. Algunos días... Cuando va a cambiar el tiempo... Pero sobre todo por la noche. Por la noche se harta de ladrar... Yo creo que son discursos que pronuncia relatando sus campañas Sí... Sí... Para mí que dice a los perros de los alrededores: «Aquí me teneis... Yo presencié el ataque del bosque el día que entraron los prusianos...» (*A Pedro.*) ¿Eh? Perico... El ataque del bosque... ¿Te acuerdas? ¡Qué cochinos! (*Tristemente.*) ¡Vaya si tuve yo tarea aquel día!

PEDRO Sí, pero después... qué bien descansamos en la retaguardia... ¡Valiente vida nos dimos!

PELEG. Eso tú que te fuiste con permiso. Pero te chinchaste, porque te perdiste lo mejor: Una representación teatral estupenda.

PEDRO ¡Ah, sí! Una compañía de artistas que iba recorriendo el frente...

PELEG. ¡Chico! ¡Qué graciosos! Yo no me he reído más en mi vida...Iba una mujer más divertida... Te digo que volvió tarumba a la división entera con el general a la cabeza... Cantaba canciones de Montmartre... Y cantaba una sobre

todo con una musiquilla tan pegadiza que nos la aprendimos todos de memoria... Verás... A ver si me acuerdo... El estribillo era facilísimo. Sí... ya está... Eso es... Era una muchacha que había sentado plaza vestida de hombre y la iban a registrar. (*Canta y baila recogiéndose la sotana.*)

«—A desnudarse enseguida
porque yo tengo que ver,
con un registro minucioso,
si es usted hombre o mujer.
Y la infelíz, suplicante
decía, echándose atrás:
—Registre usted, mi comandante,
por delante
nada más...

(*Ríen Pedro y Pelegrín. El vicario, Monseñor Sibu ha aparecido en el umbral de la puerta y ha escuchado el final del couplet.*)

MONS. (*Entra delante de Floro.*) Es indudablemente el señor cura de Marne-la-Coqueta... No puede ser otro.

PELEG. (*Aterrado.*) Monseñor...

MONS. Celebro conocer a usted, señor cura... ¡Ya era hora! Porque a usted se le ve poco por el arzobispado.

PELEG. (*En actitud de un recluta torpe delante del general.*) Es verdad, Monseñor.. No suelo ir con frecuencia a pasar lista.

MONS. A pesar de eso le conocemos a usted bien... Nos han hablado mucho de usted...

PELEG. ¿De mí?... No es posible... Yo no salgo de mi rincón...

MONS. Sí, sí... Sabemos que es usted alegre, jovial, que trata usted a todo el mundo muy a la pata la llana y que esto le ha granjeado a usted las simpatías populares. Y ya he visto que, si llega el caso y se presenta ocasión, canta usted y hasta baila...

PELEG. ¡Oh, Monseñor!. David bailaba también delante del Arca.

MONS. Pero no con esa música, ni con esa letra señor cura...

PEDRO La culpa la he tenido yo, Monseñor... Le suplico que me perdone.

MONS. Caballero...

PEDRO Soy el marqués Pedro de Bery.

MONS. Tanto gusto...

PEDRO Hemos sido compañeros en el mismo regimiento, hermanos de armas y estábamos recordando una canción del frente...

MONS. (*A Pedro, mientras se quita los guantes.*) Sí, sí. Al señor cura de Marne-la-Coqueta le gusta conservar piadosamente el recuerdo del soldado Pelegrín... Y me parece que conserva el recuerdo demasiado piadosamente.

PELEG. (*Aparte.*) (Anda chúpate esa y vuelve por otra, Pelegrín.)

MONS. Me han dicho que en la parroquia misma suele usted cantar acompañándose con el harmonium una canción... una canción...

PELEG. ¡Bah! La Madelón, Monseñor... Sencillamente la Madelón... También la cantamos en coro en las reuniones que celebramos los veteranos de la guerra... Es una canción un poco alegre, desde luego...

MONS. Demasiado alegre.

PELEG. Sí... Pero la han cantado tantos cuando iban

a que los agujereasen la piel, que de alegre la canción se ha hecho un poco triste... (*Pequeña pausa.*)

MONS ¿Ha venido usted en bicicleta?

PELEG. Sí; Monseñor... ¿Me ha visto venir? (*Ingenuamente.*)

MONS (*Mirándole de piés a cabeza.*) No, pero lo presumo...

PELEG. (*Adivinando*) ¡Áh! Lo dice por la sotana. La traía recogida claro... Es que es más cómodo... (*Se desprende los dos picos de la sotana.*)

MONS. Así está mejor. ¿Es la primer visita que hace usted a los dueños de esta casa?

PELEG. Sí, señor... En tiempo de los marqueses venía a diario.. Me recibían con entera confianza, sin ceremonias.

MONS. ¿Y sin guántes?

PELEG. (*Inocentemente*) Y sin guantes... ¡Ah! Pero los tengo... (*Saca precipitadamente un par de guantes y comienza á ponérselos. De pronto ve que todos los dedos están rotos.*) No me los pongo nunca pero los tengo... los tengo.

MONS. Pues hace usted mal.

PELEG. Valeriana se empeñó en metérmelos en el bolsillo. Me los pondré. (*Al ver que se salen los dedos procura disimular consternado. Nueva pausa molesta.*)

MONS. (*A Pedro*) ¿Es de usted ese perro, caballero? No es nada vulgar.

PELEG. Es mío, Monseñor. Es mío. Y tiene usted razón, no es nada vulgar...

MONS. ¿Pues qué tiene de extraordinario?

PELEG. Que es muy inteligente. ¡Anda! Si usted supiera... Inteligente y ladino... Hace un montón de cosas que le enseñaron los soldados.

MONS. Ya, ya... Otro recuerdo militar. Como la Madelón, como esas frases populares que suele usted emplear. Recuerdos militares.

PEDRO *(Interviniendo.)* Y como esos cintajos de colores que lleva el señor abate en el pecho. Recuerdos, monseñor, recuerdos. .

MONS. Ya sé. Ya sé que fué un valiente. ¿Y es tan inteligente ese perro?

PELEG. ¿Que si es?... Va usted a verlo enseguida. Ven aquí, *Peludo*.

MONS. ¡Ah! Se llama *Peludo*.

PELEG. Muy bonito nombre, ¿verdad?

MONS. Mucho. Muy bonito. *(Irónico.)*

PELEG. Pues no sabe usted lo bien que le cuadra. Va usted a verle hacer la guardia con mi garrota como si fuera un fusil. Se pone más gracioso... Le digo a usted que es para revolcarse de risa.

MONS. ¡Revolcarse! ¡Oh!

PELEG. *(Al perro.)* Vamos a ver, Peludo. Coge el fusil. Vas a montar la guardia aquí mismo, delante de Monseñor. *(El perro no se mueve.)* ¿No?... Es curioso... No le da la gana. Le da usted miedo, Monseñor... Es como allá abajo, ¿te acuerdas, Pedro? Delante del general tampoco quería. Y es que es un sinvergüenza; no respeta las jerarquías... Pero espere usted, que le voy a hacer que fume en pipa...

MONS. ¿Pero fuma en pipa?

PELEG. ¡Anda! Mira, mira... Como usted y como yo.

MONS. *(Horrorizado.)* ¡Como yo!...

PEDRO *(Tosiendo.)* ¡Ejem! ¡Ejem!

PELEG. Bueno... Es un decir... *(Comienza a atacar la pipa.)*

MONS. Pero, ¿qué hace usted?

PELEG. Lleno la pipa para que fume...

MONS. Supongo que no irá usted a fumar en pipa aquí en el salón del Castillo de Bery.

PELEG. No; yo, no... El perro...

MONS. (*Seriamente.*) Ni usted ni el perro...

PELEG. ¡Ah! (*Un gran silencio. Pedro y Pelegrín se miran.*) Monseñor... ¿Permite usted que vaya a encerrar a Peludo en la parroquia? Volveré enseguida...

MONS. Vaya usted con Dios.

PELEG. Vámonos, *Peludo* (*Cogiéndole.*) Anda, pobrecito mío... Anda... Vuelvo... vuelvo, Monseñor... (*Vase Pelegrín.*)

MONS. (*A Pedro.*) Pero, ¿qué clase de cura es este?

PEDRO Es un santo, Monseñor, se lo aseguro a usted. Puede usted creerlo. Un santo... un poco original.

MONS. A mí no me gusta la originalidad. (*Entran la señora Cusinet y Genoveva.*)

SRA. CUSIN. (*Saludando exageradamente.*) ¡Ah! Monseñor. ¡Por favor! ¡Cuánto honor!

MONS. Señora...

GENOV. (*A la señora Cusinet.*) (¡Que hablas en verso! ¡Ten cuidado!)

SRA. CUSIN. (¡En verso?... Pues me ha salido sin pensar!...) (*A Monseñor.*) ¿Me permite usted que le bese?.. (*Señalando el anillo.*)

CUSINET (*Entra muy ceremonioso.*) Perdón, Monseñor...

GENOV. ¡Monseñor! (*Grandes saludos.*)

MONS. Gracias... Mil gracias... Esta recepción que ustedes me dispensan me llena de satisfacción y alegría...

SRA. CUSIN. Siéntese, Monseñor... Siéntese... (*A Genoveva.*) El té.

CUSINET ¡Vaya, vaya! ¿Y cómo va nuestro negocio, Monseñor?

MONS. Magníficamente. Usted será diputado. Todos debemos contribuir al triunfo de nuestras ideas aportando nuestro concurso... Usted, señor marqués de Bery, descendiente de una antigua familia católica, será de los nuestros.

PEDRO ¡Oh, Monseñor! A mí la política no me interesa. (*Durante esta escena, Floro ha traído el te, que Genoveva se encarga de servir a todos.*)

MONS. Señor marqués... nobleza obliga.

SRA. CUSIN. Eso es verdad. Monseñor tiene razón. Y además que yo se lo pido a usted... Sea usted amable... Ayúdenos, poniéndose a nuestro lado para trabajar la elección de mi marido.

PEDRO Pues desde luego, señora... Tendré mucho gusto en ponerme a su lado.

MONS. ¡Bravo! El nombre del marqués de Bery es una magnífica adquisición. Triunfaremos en las urnas.

CUSINET Pero, ¿dónde se ha metido el señor cura? ¿No había venido?

MONS. Viene enseguida. Ya no debe tardar. Sean ustedes benévolos con él, pues debo advertirles que no es un cura como los demás. ¡Ah! No... Se ve que a éste la guerra no le ha favorecido.

PEDRO Puede usted asegurarlo, Monseñor. Le hirieron tres veces.

MONS. Lo creo, pero volvió de la guerra mal educado.

CUSINET Entonces, puede que en vez de serme útil me pejudique con los electores.

MONS. No, señor, no. Al contrario. Justamente sus maneras rústicas, la vulgaridad de su lenguaje

y sus gustos plebeyos le han servido para disponer de una gran influencia sobre las masas populares del distrito. Los obreros se dejarían matar por él. *(A Genoveva, que le ofrece una taza de te.)* Gracias, señorita... No, no quiero azúcar.

CUSINET ¡Ah! Yo me encargo de hacer bien las cosas. Yo me arreglaré con el cura. Le regalaremos casullas bordadas de oro... (*A Genoveva, que le da una taza de te.*) Gracias. Traeremos paños de encaje para el altar...

MONS. No está mal todo eso, no está mal. Yo también por mi parte influiré sobre él. Le haremos concebir esperanzas hablándole de una buena prebenda de canónigo para el porvenir.

CUSINET ¡Eso! ¡Eso!

MONS. (*Riendo.*) ¡El abate Pelegrín, canónigo! ¡Sería gracioso! Muy gracioso.

PEDRO ¿Por qué, Monseñor? Le repito a usted lo que antes le dije: ¡El abate Pelegrín es un santo!

MONS. ¿Qué les decía yo a ustedes? Vean con cuanto calor le defienden sus partidarios. Y el caso es que son muchos los partidarios. Muchos, no cabe duda. El abate Pelegrín es una fuerza con la que hay que contar. (*Aparece en el foro el cura Pelegrín.*) Adelante, señor cura, adelante. Precisamente estábamos hablando de usted.

PELEG. (*Inclinándose.*) Monseñor...

CUSINET (*Saludándole.*) Buenas tardes, señor cura. Me presentaré. Soy el señor Cusinet...

PELEG. ¿El señor?... mucho gusto.

CUSINET (*Presentando a la señora Cusinet.*) La señora Cusinet, mi esposa.

PELEG. Señora...

CUSINET ¿Conoce usted al marqués de Bery?

PELEG. ¿Cómo? ¿A Pedro?

SRA. CUSIN. Y mi sobrina...

PELEG. ¿Cómo está usted, señorita? Cuánto celebro verla. ¿Sabe usted? Vengo ahora de casa de la pobre Catalina. Me ha encargado, llorando, que la diera a usted gracias por las ropitas que ha enviado a los chiquillos.

GENOV. ¡Bah! No vale la pena.

CUSINET Tienes razón, Genoveva. Hay que hacer el bien. Esa es la mejor propaganda.

SRA. CUSIN. Pero siéntese usted, señor cura. ¿Quiere usted una taza de te?

GENOV. Me parece que al señor cura no le gusta el te...

FLORO (*Aproximándose al cura con una bandeja.*) El señor cura preferirá un buen vaso de Borgoña...

PELEG. (*Riendo.*) ¡Ja! ¡Ja! Es verdad. Este... Este conoce bien mis gustos... En los tiempos de la señora marquesa yo venía aquí casi todos los días. (*A Genoveva.*) Muchas gracias, señorita.

CUSINET ¿Dice usted la misa con Borgoña?

PELEG. ¡Ah, no señor! Sería una lástima... ¿No ve usted que tendría que bautizar el Borgoña? (*Pelegrín bebe. Todos se sienten atraídos de viva simpatía hacia él. Sólo monseñor Sibú permanece indiferente.*)

GENOV. Pero póngase usted a gusto, señor cura. Deje usted esos chismes...

PELEG. ¿Sí? ¿Puedo quitarme los guantes?

SRA. CUSIN. No faltaba más...

PELEG. ¿Monseñor permite? (*Monseñor hace un gesto indiferente de asentimiento.*) ¡Qué quiere usted, señora! No tengo costumbre... Y luego que,

con los guantes puestos, no se puede llevar el corazón en la mano...

CUSINET Vamos a ver, señor cura; es preciso que nos reunamos un día para que hablemos. He visitado la Iglesia. Verdaderamente es una cosa insignificante.

PELEG. ¡Eh! Insignificante una Iglesia que tiene vidrieras antiguas y maderas talladas...

GENOV. Los *touristas* la visitan mucho.

CUSINET Los *touristas* son poco exigentes. Yo me propongo hacer algo grande... La llenaremos de dorados, de mármoles y pórfidos con grandes lámparas de cristal y un magnífico órgano eléctrico...

PELEG. (*Aterrado*) Un órgano de vapor de esos de feria?

CUSINET No, no. Eléctrico. Y los santos los traeremos de los mejores fabricantes, la última novedad en santos, los modelos más ricos. ¿Qué le parece a usted señor cura?

PELEG. (*Rascándose la cabeza.*) Pues me parece... Me parece que al Señor no le va a gustar que le cambien el domicilio. Hace siete siglos que está en esta ermita, lo que prueba que se encuentra muy a gusto y no siente la necesidad de que se gasten montones de dinero para instalarle en un *Palace*. Nuestro Señor nació en el campo, en un establo. Tiene gustos de aldeano y lo que más le agrada es encontrarse en una Iglesia de pueblo, rodeado de gentes sencillas que le recen con todo el fervor de sus almas creyentes. Además, todo éso de los mármoles, las lámparas, los organillos, y los cacharros de oro y plata, ¿qué le pueden importar a El? El tiene cien mil millones de veces

más allá arriba y créame usted que todas esas cosas le han de proporcionar menos satisfacción que una buena palabra, un buen pensamiento y, sobre todo, una buena acción. ¿No es verdad, Monseñor?

CUSINET Desde luego, desde luego, pero todo es compatible, yá lo verá usted. Mi mujer por su parte, se ocupará de los pobres.

PELEG. Pues entonces... ¡a la salud de todos... y por el triunfo de la elección, señor Cusinet! (*Bebe.*)

MONS. La candidatura del señor Cusinet ha sido aprobada por el Arzobispado.

CUSINET Mi programa es muy sencillo. Verá usted...

MONS. Perdone usted que le interrumpa, señor Cusinet, pero las discusiones políticas no interesan a las señoras... Dejaremos al señor Cusinet que explique su programa al señor cura, ¿no es verdad? Así podremos dar un vistazo al jardín.

CUSINET Muy bien... Mi mujer les acompañará.

SRA. CUSIN. Encantada, Monseñor, encantada.

MONS. (*Al salir, a la señora Cusinet.*) ¿Qué la ha parecido a usted el señor cura?

SRA. CUSIN. Es muy simpático. Y parece muy buena persona. (*Salen seguidos de Genoveva y Pedro.*)

CUSINET De manera que estamos de acuerdo, ¿no es eso?

PELEG. (*Sorprendido.*) De acuerdo... ¿Para qué?

CUSINET Está bien claro. Este castillo y la iglesia deben ser las dos piernas que hagan marchar el distrito entero... Deben, por lo tanto, darse la mano.

PELEG. ¡Dos piernas que se dan la mano!

CUSINET Hombre, es una figura retórica. Quiero decir que nosotros somos aliados. Yo pongo a su disposición los créditos que usted necesite y

usted pone su influencia en favor de mi candidatura.

PELEG. ¿Yo?

CUSINET Sí, señor; mire usted: yo represento la familia, la tradición, la moral... La hora es grave, señor cura. El dinero se asusta y huye, las modistas se quejan, las ventas en los grandes comercios bajan, las entradas en los dancings disminuyen. Nosotros contamos con usted.

PELEG. ¿Para que aumenten las entradas en los dancings?

CUSINET Todo está en todo, mi querido señor cura. Cuando la vida de los placeres prospera, todo prospera. El país sufre en la actualidad la agitación que asusta a los capitales. Lo primero que hay que hacer es atraer a los obreros, y precisamente en este distrito hay muchos miles de obreros.

PELEG. Y difíciles de convencer, señor Cusinet, muy difíciles. No los conquistará usted con buenas palabras, no...

CUSINET Para eso justamente cuento con usted... Hágales usted promesas. Dígales que pagarán menos impuestos, que se reducirá el coste de la vida...

PELEG. Eso se lo puede decir usted mismo.

CUSINET Pero es que a mí me conocen y no me creerán.

PELEG. ¡Ah, vamos!... Usted lo que quiere es que yo los engañe... Que yo le preste a usted mi sotana...

CUSINET ¡Hombre!

PELEG. No, amigo mío. Eso es poco limpio.

CUSINET Pero, hombre de Dios, los curas precisamente deben ser nuestra mejor policía de seguridad...

PELEG. ¿Eh? ¿Yo guardia? ¡Yo que he sido peludo!

CUSINET Los guardias son útiles también.

PELEG. No digo que no, pero cada uno a su oficio: Yo absuelvo, bendigo, caso y bautizo. Que cada cual cumpla con su obligación y las vacas estarán bien guardadas.

CUSINET Señor cura...

PELEG. Señor Cusinet. (*Dándole palmaditas amistosas.*) No prometa usted lo que no vaya a cumplir. Lo mejor es hablar a nuestros hermanos con arreglo a la moral del Evangelio. Así no habrá miserias, ni odios, ni porquerías en el mundo. (*Entran monseñor Sibú, la señora Cusinet, Genoveva y Pedro.*)

MONS. (*Viendo el grupo que forman el cura y Cusinet.*) Vamos, ya veo que se han puesto ustedes de acuerdo. Me alegro.

CUSINET De acuerdo... De acuerdo...

PELEG. Hay pequeñas diferencias entre nosotros.

MONS. Pero serán detalles... Todo se arreglará.

SRA. CUSIN. Claro que sí. No faltaba más. Mire usted, señor cura, estoy tan contenta, que voy a regalar a la iglesia un paño para el altar. ¿Qué le parecería un paño pintado por Domergue, el autor de este retrato? (*Enseñando el retrato que estará en la pared.*) ¿Eh? ¿Qué tal?

PELEG. ¡Oh! Perdón, Monseñor. Pero se ve que esta señora no es muy amiga de tener las cosas ocultas.

CUSINET ¿Por qué?

PELEG. Por el vestido. Por lo visto no la asustan las corrientes de aire.

CUSINET Es mi mujer...

SRA. CUSIN. (*Que se ha acercado con Monseñor.*) Pero, ¿no me había conocido? Soy yo.

MONS. Es un bonito retrato.

SRA. CUSIN. Ha estado expuesto en el Salón.

PELEG. ¡Que sea enhorabuena!

SRA. CUSIN. Seguramente usted prefiere este otro cuadro. (*Le enseña otro en el que está vestida de enfermera.*)

PELEG. ¡Ah! ¡Qué bien! Este sí que está bien... Parece una imágen...

SRA. CUSIN. Soy yo también. Pero vestida de enfermera. Es de cuando yo era enfermera en el Casino de Deauville. ¡Cómo cambia el vestido! ¿Eh? Y fíjese usted: a pesar de ser blanco no me hace gorda... Y es que cuando se tiene la línea...

CUSINET Mi mujer estuvo propuesta entonces para la Legión de Honor.

PELEG. En este vestido sí podría usted prenderse la condecoración, pero en aquel otro... no sé dónde.

MONS. No sabía yo que la señora Cusinet se había dedicado a cuidar a nuestros heridos...

CUSINET Ya lo creo, Monseñor. Tenía en su hospital a todo lo mejor... Aviadores... Ases.

SRA. CUSIN. ¡Ah! Los ases sobre todo me enamoraban. (*Suspirando.*) ¡Ay! Qué tiempos aquéllos.

PELEG. (*Acometido repentinamente por una idea.*) Aguarde usted. ¿Estuvo usted en la ambulancia del Camino de las Damas?

CUSINET (*Rápido.*) No creo...

PELEG. Yo tengo idea de haber visto a esta señora durante la guerra.

CUSINET Es posible.

SRA. CUSIN. Muy posible. Casi seguro.

PELEG. ¡Naturalmente! Ya sé... No fué en la ambulancia, no. Fué en una barraca de Teatro en el

frente. ¿No lo recuerda usted? Cantó usted allí.

SRA. CUSIN. Sí, hombre, sí. Una representación que dimos para los soldados. Ya me acuerdo. ¿Y estaba usted allí?

PELEG. Ya decía yo que la conocía. Lo que hay es que entonces se llamaba usted de otro modo.

SRA. CUSIN. Liseta de Lisar.

CUSINET (*Tratando de impedir que hable.*) ¡Lili!

PELEG. ¡Eso es! Liseta de Lisar.

PEDRO ¡Ah! Pero usted es... No lo sabía. Y lo curioso es que la he aplaudido a usted muchísimas veces.

CUSINET Perdón, Monseñor. Es verdad. Había olvidado decir a usted que mi esposa ha sido artista.

MONS. El Arte y la Religión no son en absoluto incompatibles. La Historia Sagrada ha inspirado las obras maestras más célebres.

CUSINET No sé si hemos hecho mal en no decirle...

MONS. Pero, ¿por qué, mi querido amigo? ¿Por qué?

PELEG. Vaya un éxito el que tuvo usted aquel día. ¡Señores! Lo que nos divertimos oyéndola. Es que nos reímos las tripas. El general se retorcía. Sí, sí. Vaya. Y me acuerdo que el general la dió a usted un beso.

CUSINET ¿Que te besó el general?

SRA. CUSIN. Claro. En nombre del ejército francés y de sus aliados. Y yo también besé al general y a todos los oficiales del Estado Mayor, en nombre de la población civil.

PELEG. (*Aparte.*) Y de los aliados.

MONS. Ustedes perdonen, pero se va haciendo tarde.

SRA CUSIN. ¿Pero se va usted tan pronto?

MONS. Tengo que ir al arzobispado.

CUSINET Yo mismo le acompañaré hasta la estación en mi coche... ¿Vienes, Genoveva?

MONS. Un millón de gracias, señor Cusinet... (*Despidiéndose de la señora Cusinet.*) Es preciso que vaya usted con frecuencia por el Arzobispado.

SAR. CUSIN. No sé cómo agradecerle...

MONS. No tiene usted que agradecerme nada... (*A Pedro.*) Hasta la vista, señor marqués... (*A Pelegrín.*) ¿Viene usted, señor cura? (*Vase.*)

PELEG. Al instante, Monseñor. (*Volviendo desde el foro y confidencialmente a la señora Cusinet.*) Un día que no venga Monseñor tiene usted que cantarnos una de aquellas canciones, ¿eh? Pero una buena... ¡Alegrita! ¡Alegrita!

MONS. (*Dentro.*) ¡Señor cura!

PELEG. Enseguida, Monseñor... ¡Alegrita! ¡Alegrita! (*Vase el cura.*)

SRA. CUSIN. Tiene gracia el señor cura... Es muy simpático.

PEDRO De manera que Liseta de Lisar... ¿Era usted?

SRA. CUSIN. Claro que era yo. Pero, ¿no me conoció usted el primer día?

PEDRO No... Y sin embargo, yo me decía... Es la primera vez que veo a la señora Cusinet y a mí me parece haber estado ya enamorado de ella...

SRA. CUSIN. ¿Enamorado de mi?

PEDRO ¡Oh, no señora!... De usted no me lo permitiría nunca... De Liseta de Lisar.

SRA. CUSIN. ¿Iba usted con frecuencia al Casino de Paris?...

PEDRO Mucho... Recuerdo haberla visto a usted en una revista que salía de mallas.

SRA. CUSIN. *¡Chum ¡Chum!*

PEDRO ¿Eh?

SRA. CUSIN. La revista se titulaba así: *¡Chum! ¡Chum!*

PEDRO Parecía usted una estatua. ¡Qué linea de cuerpo, de talle, de piernas! Perdón, señora Cusinet. Quizá la moleste a usted que la hable de las piernas de Liseta de Lisar.

SRA. CUSIN. A mí, ¿por qué? Si son las mismas.

PEDRO Es verdad.

SRA. CUSIN. ¿Me vió usted de incroyable?

PEDRO No.

SRA. CUSIN. ¡Qué lástima!

PEDRO ¿Por qué?

SRA. CUSIN. Porque le habría a usted gustado mucho más.

PEDRO Lo creo.

SRA. CUSIN. Y de reina de las tórtolas, ¿me vió usted?

PEDRO No recuerdo.

SRA. CUSIN. El traje se componía de una cresta y un cinturón de plumas. Pero aguarde usted, tengo aquí todas las fotografías. (*Coge un álbum y le abre.*) Estos son los preciosos recuerdos de mi carrera artística.

PEDRO (*Hojeando el libro*). ¡Qué linda es esta!

SRA. CUSIN. Ahí hago la Caperucita encarnada. Ya ve usted: nada más que la *Caperuza*. (*Volviendo las páginas.*) ¿Ve usted? De jockey... Y aquí de Arlequín...

PEDRO Ha pasado usted una hoja.

SRA. CUSIN. Es que no me parece bien enseñar esa.

PEDRO ¿Por qué?

SRA. CUSIN. Me voy a ruborizar.

PEDRO Yo se lo suplico... ¡Ah! ¿Venus?

SRA. CUSIN. No. La emperatríz de Bizancio. ¡Ah! Fué un triunfo... Figúrese usted que yo me presentaba en una gran escalera de palacio... Luego bailaba un paso clásico con acompañamiento de fox-trot... ¡Claro! Y por fín caía en brazos de mi amante que era un negro, el cual me contemplaba un momento, y muy despacio... depositaba un beso sobre mis labios... Supongamos que usted es el negro, así... (*Mientras habla la señora Cusinet ha representado lo que*

dice el texto. Los pasos de baile y el andar magestuoso. Luego se deja caer en los brazos de Pedro que poco a poco aproxima su rostro al de la señora Cusinet. En este momento Pelegrín aparece en la puerta, ve el grupo, ahoga un grito y se tapa la cara con el sombrero. Enseguida viendo que ni la señora Cusinet ni Pedro se han enterado de su presencia se va de puntillas.)

SRA. CUSIN. *(Desprendiéndose de los brazos de Pedro.)* ¡Ay! Alguien nos ha visto.

PEDRO ¿Cree usted...?

SRA. CUSIN. Sí, sí. Vaya usted a ver... Yo no me atrevo...

PEDRO *(Acercándose al foro.)* ¡Ah! Ha sido el señor cura.

SRA. CUSIN. ¿Nos habrá visto? ¡Ah! ¡Qué idea! *(Corre al foro y llama.)* Señor cura... Señor cura...

PELEG. *(Entrando.)* Perdone usted señora... He vuelto porque me había olvidado...

SRA. CUSIN. Ha hecho usted muy bien en venir.

PELEG. Había olvidado aquí los guantes... *(Los coge.)*

SRA. CUSIN. No, no... Espere usted. Mire usted señor cura... Yo he pecado... He pecado mucho... Lo sé... pero usted es muy bueno... Deme usted la absolución y... guárdeme el secreto...

PELEG. Señora... Cuando quiera usted confesarse como Dios manda, me encontrará usted en la iglesia a las once todas las mañanas... *(Se oye dentro la bocina de un auto.)*

SRA. CUSIN. Es mi marido que vuelve... Voy a su encuentro. *(Vase la señora Cusinet.)*

PELEG. *(Mira severamente a Pedro y luego avanza hacia él.)* Tú... ¡Tú eres un sinverguenza!

PEDRO Pero mi querido Pelegrín...

PELEG. ¡Llámeme usted señor cura...!

PEDRO Señor cura... Si no ha pasado nada... Nada, se lo juro a usted.

PELEG. (*Imitándole.*) «Señor Cura... Si no ha pasado nada... Nada... Se lo juro a usted...» ¡Cochino!

PEDRO ¿Por qué? Un beso... Un beso que no nos hemos llegado a dar...

PELEG. Pero es que te crees que yo soy tonto... ¡Te he visto! ¡Te he visto!

PEDRO Si hubiera usted llamado antes de entrar...

PELEG. ¿Y el señor Cusinet...? Hubiera llamado el señor Cusinet? ¡Desventurado! ¡Si te llega a sorprender con su esposa en los brazos...

PEDRO Cállese usted por Dios, que le van a oír. (*Oyese dentro rumor de voces.*) No es verdad... Le digo a usted que no es verdad...

PELEG. (*Encolerizándose.*) ¡Embustero! La tenías en tus brazos... y la apretabas con todas tus fuerzas; tanto, que si no llego yo a tiempo... (*Entran la señora Cusinet, Genoveva y Cusinet.*)

CUSINET ¡Qué le sucede al señor cura! ¡Qué arrebatado está!

PELEG. (*Aparte.*) (¡Mira ahora el otro!)

CUSINET (*A Pedro.*) Qué es lo que dice que tenía en los brazos con tanta fuerza...?

PELEG. (*Interrumpiendo.*) ¡Un alemán! Si señor... Eso. Un alemán más grande que una torre.

CUSINET ¡Ah! Vamos, Recordaban ustedes alguna escena del frente.

PELEG. Del frente, sí, señor Cusinet. Del frente, usted lo ha dicho.

CUSINET ¿Y fué usted el que afortunadamente llegó a tiempo?

PELEG. No lo sabe usted bien. ¡Que si llegué a tiempo. ¡Eh! (*A Pedro.*) Dice que si llegué a tiempo.

SRA. CUSIN. Y claro. Usted los separó.

PELEG. Sí, señora. Usted lo ha dicho. Yo los separé. (*A Pedro.*) ¡Ah! El bandido. ¡Canalla! ¡Miserable.

CUSINET Pero cálmese usted, señor cura. Los recuerdos de la guerra le revolucionan a usted.

PELEG. ¡Ay, señor Cusinet! Si usted lo hubiera presenciado. ¡Creame usted! Estaría usted mucho más revolucionado que yo.

TELON



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

Al levantarse el telón, Lea, la doncella, entra por la izquierda con un servicio de licores. Al mismo tiempo, Floro entra por el foro. Óyese en el jardín rumor de voces y risas.

FLORO (*A Lea.*) ¿Dónde vas?

LEA Llevo los licores a la terraza.

FLORO No te molestes, hay contraorden. Vienen aquí los señores.

LEA ¡Ah!

FLORO El calor y la digestión los han congestionado. No pueden aguantar el sol.

LEA ¡Claro! Después del atracón que se han dado. Qué atrocidad ¡Lo que comen! (*Entra la señora Cusinet.*)

SRA. CUSIN. ¿Han traído los licores, Floro?

FLORO Sí, señora. Los licores... los cigarros... Todo está preparado. (*Vase Floro. La señora Cusinet se acerca al foro.*)

SRA. CUSIN. Pedro... ¿Quiere usted hacer el favor de ayudarme?

PEDRO (*Entrando.*) Con mucho gusto, no faltaba más (*Cambiando de tono.*) El Senador nos vigila...

SRA. CUSIN. Me tiene sin cuidado el Senador... No puedo más... No puedo más... Estoy harta de todo y de todos. Empezando por mi marido.

PEDRO ¡Vamos! ¡Vamos! Cálmate...

SRA. CUSIN. Eso... Cálmate... Pero no le has oído en la mesa... No habla más que de lo mismo... «Mi fortuna... Mis casas... Mis propiedades... Mi mujer...» Cree que todo lo compra con su dinero... Es horrible...

PEDRO Van a venir...

SRA. CUSIN. Me es igual... Estoy cansada de la vida de campo. Yo no he nacido para esto. Yo soy una artista... Necesito la luz, el ruido, la animación.

PEDRO Pero, mujer.

SRA. CUSIN. Me están dando unas ganas de dejarlo todo... El castillo, los electores, mi marido.¡Oh! A este sobre todo... y largarme a París... Tengo unos deseos de volver a presentarme en el Casino de París.

PEDRO ¡Estás loca!

SRA. CUSIN. No estoy loca, todavía no. Pero si sigo aquí encerrada, lo estaré. ¡Oh! París... Volver a hacer mi vida independiente y alegre; mi antigua vida... ¡Ay! Qué tiempos aquellos... Solo de pensarlo me extremezco.

GENOV. (*Dentro.*) ¡Lilí! ¡Lilí!

PEDRO Calla; que vienen.

SRA. CUSIN. ¿Qué ocurre? (*Pedro se sienta y comienza a hacer un solitario con las fichas del Mah-jong, procurando disimular.*)

GENOV. (*Entrando.*) El tío te llama...

SRA. CUSIN. ¿Que me llama? Está visto. No me deja en paz

un momento... (*Vase la señora Cusinet por el foro.*) ¡Uff! Que molesto es...

GENOV. (*Mira a Pedro y duda un instante. Por fín, haciendo un esfuerzo se decide a hablarle.*) Si no es indiscreción... ¿Se puede saber que hace usted ahí tan entretenido?

PEDRO Ya lo ve usted. Un solitario.

GENOV. ¿Y sale? ¿Sale?

PEDRO Todavía no lo sé.

GENOV. Y... ¿qué es lo que ha pedido usted si le sale?

PEDRO ¿Yo? Nada

GENOV. Entonces usted cuando hace solitarios ¿no es para preguntar si va a conseguir alguna cosa?

PEDRO Yo no soy superticioso.

GENOV. ¿Quiere usted que piense yo algo, por si acaso saliera el solitario?

PEDRO ¿Por qué no? Piense usted en lo que quiera.

GENOV. Me gustaría tanto acertar.

PEDRO Pues hasta hora tiene buena cara. Parece que si que va a salir.

GENOV. ¿Sí?

PEDRO ¿Usted cree en los solitarios?

GENOV. Un poco.

PEDRO Hace usted mal. Los solitarios se quedan para las solteronas viejas.

GENOV. Al contrario. Yo creo que los solitarios los debió inventar alguna muchacha tímida que deseaba ardientemente una cosa y no se atrevía a decirla. (*Pausa.*)

PEDRO Pues, amiga mía, esta vez no hemos tenido suerte. No ha querido salir.

GENOV. (*Levantándose y fingiendo indiferencia.*) Le advierto a usted que era igual que saliera.

PEDRO Antes dijo usted que creía en los solitarios.

GENOV. Y es verdad que creo... pero cuando salen. Nada más.

PEDRO (*Levantándose y dirigiéndose a la puerta.*) ¡Ah! Eso es otra cosa. (*Entran la señora Cusinet, Cusinet y los señores Plumó, Durán y Dupont, Floro y Lea.*)

CUSINET Aquí podrán estar más a gusto, y tomarán unas copitas de licor.

SRA. CUSIN. ¿Quiere usted *cognac*, señor Durán?

CUSINET Es muy buen *cognac*... Napoleón... 1810... Viene directamente de las Tullerías. He comprado mil botellas.

DURÁN Nos han dado ustedes de almorzar regiamente.

SRA. CUSIN. Como buenos demócratas que somos.

DUPONT (*A Durán.*) ¿Ha oido usted? Es espiritual.

DURÁN Muy intencionada. Mucho.

CUSINET ¿Verdad que sí? Mi mujer tiene un don de gentes...

DURAN Nos ha conquistado a todos.

DUPONT Y va a conquistar al cuerpo electoral entero... Ya lo verá usted.

CUSINET Si ella quiere, desde luego. Pero tendrá que moverse mucho.

SRA. CUSIN. ¡Hijo! Ya hago lo que puedo.

CUSINET Vamos a ver, señor Plumo, usted que es el director de nuestro periódico encargado de la propaganda. ¿Qué tal se presenta la elección?

PLUMO Muy bien. El triunfo está descontado. Hoy he hecho un artículo insultando al candidato de oposición.

CUSINET ¡Ah! No. Eso sí que no. Insultos, no. Pueden ofenderse y mandarme los padrinos, y...

PLUMO Tranquilícese usted. El que iría al terreno sería yo... Es la costumbre en estos casos.

CUSINET ¡Ah! ¿Es la costumbre? Entonces, insúltele us-

ted, insúltele. ¡No faltaba más! A ver qué se han creído esos sirvergüenzas...

PLUMO En la lucha electoral hay que apelar a todos los recursos, buenos y malos.

CUSINET Tiene usted razón. Bueno, señores, los que quieran hacer ejercicio pueden pasar a la sala de billar.

DURÁN El billar es higiénico, ayuda a hacer la digestión. (*Van saliendo todos.*)

SRA. CUSIN. (*A Pedro.*) (No vayas.)

CUSINET ¿Viene usted, señor marqués?

PEDRO No. Perdóneme usted. Tengo un poco de neuralgia.

CUSINET ¿Está usted malo?

SRA. CUSIN. Eso desaparece en cuanto repose usted un poco.

CUSINET Es verdad, Dejémosle aquí solo. (*Se dirige a la ízquierda.*)

SRA. CUSIN. (*A Pedro.*) (Espérame en el jardín. En la Pérgola.)

CUSINET ¿Vienes, Lilí? (*A Pedro.*) Echese usted ahí, en ese canapé.

PEDRO No... Creo que el aire me despejará... Voy a pasear un poco por el jardín, me fumaré un cigarrillo en la Pérgola.

CUSINET Sí, señor, aquel sitio es delicioso. Hasta luego. (*Vanse la señora Cusinet, Genoveva y Cusinet. Todos los invitados han hecho mutis. Pedro enciende un cigarrillo y se dispone a salir. La entrada de Genoveva le detiene.*)

GENOV. ¿Sufre usted de neuralgias? Yo tengo un remedio extraordinario...

PEDRO Muchas gracias, señorita, no vale la pena.

GENOV. En la pensión hacía curas maravillosas. Son las cápsulas de San Vicente.

PEDRO El remedio que yo tengo es mejor.

GENOV. ¿Sí? ¿Cual es?

PEDRO Esperar a que pase dando un paseo al aire libre, sin pensar en nada.

GENOV. ¿Quiere usted que le acompañe?

PEDRO Muchas gracias, señorita. La primera condición del tratamiento para la neuralgia es el silencio. Hasta luego... (*Vase Pedro. Hay una pequeña pausa. Genoveva se acerca a la puerta por donde ha salido Pedro. Vacila. Luego retrocede. En este momento aparece en el foro el cura Pelegrín, y Genoveva se dirige a él presurosa.*)

GENOV. ¡Ah! Señor cura. Venga usted, venga usted. (*Arrastrándole.*)

PELEG. ¿Qué sucede, hija mía?

GENOV. (*Sin escucharle.*) Vamos a ver, señor cura. Con franqueza... ¿Soy antipática yo...?

PELEG. Qué cosas dice usted...

GENOV. Bueno, fea... soy fea, ¿verdad?

PELEG. ¿Pero está usted loca? ¡Qué ha de ser uste fea, criatura!

GENOV. Entonces ya sé yo lo que me falta... Claro! En la pensión no me han enseñado mas que la Geografía, la Historia, el Algebra... Y eso no gusta a los hombres...

PELEG. Como que ellos no lo saben les molesta ver que ustedes saben más que ellos.

GENOV. Sí, sí... Esas cosas no los interesan... ¡Ay! Señor cura lo que daría por no haber ido al convento y saber hablar a los hombres...

PELEG. Pero, criatura... usted no sabe lo que dice... ¡Usted! Una muchacha tan bien educada, tan cristiana, no la dá a usted vergüenza hablar así...

GENOV. Señor cura, no me regañe usted... Si usted supiera... Tengo una pena tan grande... (*Llorando.*) ¡Ay Dios mío! Que desgraciada soy...

PELEG. ¡Vamos! ¡Vamos! No llore usted... Venga usted aquí... ¿Qué es lo que la pasa...?

GENOV. No... No lo puedo decir... Yo quiero volver al convento...

PELEG. ¿Eh? ¡Vaya una idea!

GENOV. Sí... Sí... Es lo mejor... Porque los hombres son... ¿sabe usted lo que son los hombre? Pues son tontos, malos, sin corazón...

PELEG. ¡Vaya por Dios! Vamos a ver, hija mía... Confíeme usted ese secreto que la ahoga... Si ya sé lo que es! Usted está triste por culpa de algún imbécil (*Genoveva niega con la cabeza.*) al que usted quiere... (*Genoveva afirma con la cabeza.*) sin que él se haya enterado todavía... (*Genoveva vuelve a hacer ademanes negativos.*) Lo dicho. ¡Un imbécil!

GENOV. (*Estallando.*) ¡Pedro no es ningún imbécil!

PELEG. (*Asombrado.*) ¿Cómo? ¿Pero es...?

GENOV. Hago mal, ¿verdad? Sí, sí; hago mal.

PELEG. ¿Mal? ¡Al contrario! ¡Pero si eso está muy bien! ¿Usted le quiere? ¡Qué alegría! (*Comienza a pasearse frotándose las manos.*) ¡Nos hemos salvado! Lo que usted oye. ¡Digo! Usted va a ser su angel tutelar. Usted le va a llevar por el buen camino. ¡Nada, nada! Cásese usted con él, señorita. Cásese usted con él, pero enseguida, enseguida.

GENOV. Pero si él no me quiere... Si no me mira... (*Lloriqueando.*) Si apenas me dirige la palabra...

PELEG. ¡Cuando yo la decía a usted que es idiota!... (*Genoveva protesta con la cabeza.*) ¡Cómo! ¿Qué

no es idiota? Encuentra aquí a una muchacha fresca como una rosa y más bonita que un sol, y en lugar de hacerla el amor... ¡No, no! hace falta que los hombres sean...

GENOV. ¿Qué dice usted?

PELEG. No, nada... Digo que es una suerte para todos que usted se haya enamorado de Pedro. Digo que es providencial... Sí, señorita. ¡Esto es providencial! Porque... Bueno. Usted está segura de que le quiere, ¿verdad? ¿Está usted segura?

GENOV. ¡Ah! Eso sí.

PELEG. Es que podría ser una cosa pasajera. Usted apenas ha hablado con él...

GENOV. ¿Cómo apenas? Si le veo todos los días.

PELEG. (*Asombrado.*) ¿Todos los días? ¿Dónde?

GENOV. Aquí.

PELEG. ¿Aquí? Me llena usted de asombro. ¡Si me había jurado no volver más!

GENOV. ¿Por qué?

PELEG. No... por... por nada... Por... dignidad... (*Tartamudeando.*) Ya comprenderá usted... El antiguo propietario de la finca... Aquí. (*Aparte.*) (¡Ah! Sinvergüenza, embustero.) Y todos los días, ¿eh?

GENOV. ¡Anda! ¡Y algunos días dos veces!

PELEG. ¿Dos? ¿Dos veces? (*Aparte.*) (¡Ah, bandido!)

GENOV. Generalmente le veía por las tardes a la hora del té.

PELEG. Sí, ¿eh?

GENOV. Luego se encerraba a arreglar los libros en la biblioteca con mi tía...

PELEG. ¿Con...? ¡Ya! ¡Ya! (*Aparte.*) ¡Qué canalla!

GENOV. Y por las noches después de cenar...

PELEG. ¿Pero viene también después de cenar?

GENOV. ¡Claro! ¿Qué tiene de particular?

PELEG. No, no... nada ¡Claro! (*Aparte.*) (Cómo nos ha engañado el muy sinvergüenza.)

GENOV. Muchas veces jugábamos...

PELEG. Bueno, bueno. No quiero saber detalles. Lo esencial es que usted quiere a ese bandido de Pedro. (*Con rabia, conteniéndose y poniéndose muy fino.*) Es decir, no... A mi buen amigo el señor marqués de Bery... Ahora no tiene usted más que conquistarle...

GENOV. Sí, pero ¿cómo?

PELEG. Hija, eso es de su negociado de usted. Vea usted como se las arregla con él. Yo les doy a ustedes un mes de plazo para publicar las amonestaciones.

GENOV. No me atrevo a decirle nada.

PELEG. ¡Ayúdate tú y Dios te ayudará! Hay que desarnarse, hija mía. No hay que estar ahí hecha una pavi-sosa. Usted es bonita, es elegante pero eso no basta. Hay que ser un poco más... más... más... picarilla ¡caray! Ser coquetuela no está mal en algunos casos, sobre todo, cuando la intención es buena. Hay que acicalarse, componerse.

GENOV. Las hermanas nos prohibían que nos rizásemos el pelo y que nos diésemos polvos.

PELEG. Las hermanas son unas santas mujeres pero estan algo anticuadas. ¿Qué saben ellas de la vida? Ellas han renunciado a agradar pero esa no es una razón para que impidan que agraden las demás.

GENOV. (*Ingénuamente.*) ¿Qué le parecería a usted si me cortara el pelo como mi tía?

PELEG. Pues mire usted. No estaría mal. (*Acordándose de pronto.*) (*Aparte.*) (¿Eh, pero qué estoy di-

ciendo yo?) (*Alto.*) No, no, señorita. Eso no. Deje usted el pelo como está que está muy bien. Y no trate usted de imitar a su tía porque... por que no lo conseguirá usted nunca y que caramba.

GENOV. Me gustaría tanto ser como ella.

PELEG. ¿Como ella? De ninguna manera. Pero, vamos sin componerse como ella, usted puede adornarse algo más. ¿Qué tal la iría a usted una bonita cinta de terciopelo negro? Por ejemplo. Eso es. Una cinta al cuello con una cruz de oro? ¿Eh?

GENOV. (*Sonriendo.*) Señor cura. Me parece que eso...

PELEG. Entonces... una rosa. Justo. Una rosa encarnada en el pelo. Así. A un lado.

GENOV. ¡Parecería una bailarina!

PÉLEG. ¿Sí? El caso es que... no se... no sé. En fin. Voy a decir una cosa que puede que sea un pecado. Perfúmese usted con un perfume fuerte, para llamarle la atención.

GENOV. Los he probado todos, señor cura... *El Corazón de Juanita.*

PELEG. El Corazón de Juanita.

GENOV. Las Brisas de Mayo.

PELEG. Las Brisas de Mayo.

GENOV. El Primer Sí.

PELEG. El Primer Sí.

GENOV. Un día llegará.

PELEG. Un día llegará. Y no ha llegado.

GENOV. (*Poniéndole la cabeza en el pecho.*) Huela usted.

PELEG. (*Estornudando.*) ¡Atchis! Que cosa tan fuerte.

GENOV. Ya ve usted. *Es Muguet.* Y no he conseguido nada.

PELEG. (*Repitiendo siempre maquinalmente.*) No ha conseguido nada.

GENOV. Nada, no señor. ¡Es para desesperarse! (*Se enjuga unas lágrimas con el pañuelo.*)

PELEG. Bueno, hija mía. La cosa no es para llorar así. Ya verá usted como todo se arregla. Séquese usted los ojos. Se le van a poner como un tomate y eso no está bien. (*Sonándola ruidosamente.*) ¡Ande! ¡Ande! Límpiese la naríz. Ajajá. Vamos a ver. Tiene usted unos polvos.

GENOV. (*Indicando el bolsillo que estará sobre el piano.*) Sí. Allí. En aquel bolso. Es el de mi tía.

PELEG. (*Coge el bolsillo.*) El bolso de su tía. Mejor que mejor. (*Genoveva se pone unos polvos y Pelegrin la presenta el espejito luego saca una barrita de rojo. Pelegrin tendrá el bolso colgado del brazo.*) ¿Qué es esto?

GENOV. Rojo para... (*Hace un ademán.*) ¿Puedo ponerme un poco?

PELEG. Rojo. (*Vacila y por último se decide.*) ¡Bueno! Nos pondremos un poco de rojo. Asi combatiremos al diablo con sus propias armas.

GENOV. (*Después de llenarse los labios.*) ¿Está así bien?

PELEG. Muy bien. Y ahora no las entenderemos con Pedro. Ya verá usted como entre los dos le conquistamos. (*Coge la barrita de negro y la pinta un lunar.*)

SRA. CUSIN. (*Entrando.*) ¡Cómo! Señor cura. ¿Usted por aquí? Anda, Genoveva, avisa a tu tío que está aquí el señor cura. ¿Por qué no ha venido usted a almorzar con nosotros? (*Vase Genoveva.*)

PELEG. Ya envié un recado con Valeriana diciendo que no podía venir.

SRA. CUSIN. Le dejo a usted con mi marido, que vendrá ahora. Quiero hablar con el jardinero para que cuide las parras de la Pérgola.

PELEG. Sí, señora. Que la cuiden bien. Esa Pérgola es preciosa.

SRA. CUSIN. Y útil, señor cura. Muy útil... Hasta ahora. (*Vase por el foro. Pausa. Entra el señor Cusinet.*)

CUSINET ¡Por fin se le ve a usted por esta casa! Ya era hora. Vaya si se vende usted caro.

PELEG. Señor Cusinet...

CUSINET Eso no está bien. Debe usted venir más a menudo. Ahí tiene usted a nuestro buen amigo Pedro. Ese viene todos los días, casi vive con nosotros.

PELEG. ¡Ah! ¿Sí...?

CUSINET Claro es que él tiene razones poderosas que usted no puede tener.

PELEG. ¡Ah! ¡Eso con seguridad!

CUSINET El dice que viene para hacerme compañía, para arreglarme la biblioteca, pero ya comprenderá usted que a mí no me la da.

PELEG. Sí, sí. A Pedro le gustan mucho los libros.

CUSINET No lo crea usted. (*Confidencialmente.*) Yo sé por qué está siempre metido aquí.

PELEG. (*Aterrado.*) ¿Que... que lo sabe usted?

CUSINET ¡Claro, hombre!

PELEG. (*Tartamudeando.*) Es que a veces cree uno que sabe y luego... pues ahí tiene usted, no es lo que uno cree que sabe.

CUSINET Le digo a usted que lo sé. Cuando un hombre se pasa la vida en una casa, hay que buscar la causa. Y la causa es una mujer.

PELEG. ¿Y usted ha buscado?

CUSINET He buscado y en seguida he encontrado la mujer.

PELEG. ¿Es posible? (*Temblando de angustia.*) ¿De modo que usted sospecha que su... que su...?

CUSINET ¡Naturalmente!

PELEG. (*Aterrado.*) ¡Ella!

CUSINET No puede ser otra. Quién va a ser si no mi sobrina Genoveva.

PELEG. (*Dando un suspiro.*) Genoveva. ¡Claro! La misma.

CUSINET Usted piensa como yo, ¿verdad? Pero le habrá sorprendido.

PELEG. ¿Cómo que si me ha sorprendido? No lo sabe usted bien. Me ha dejado de una pieza.

CUSINET Pues a mí me gusta mucho ese chico. Sí, señor. Y si mi mujer le acepta, yo no tengo inconveniente en que se casen. (*Entra precipitadamente Plumó.*)

PLUMÓ ¡Ah! Está usted aquí. ¡Qué horror!

CUSINET ¿Qué le sucede a usted, amigo Plumó?

PLUMÓ Me acaban de traer el periódico de nuestro contrincante. ¡Oh, qué infamia! Lea usted. Lea usted. (*Le da un periódico. Mientras lee Cusinet, Plumó se sirve una copa de licor.*) Ahí, al final de la página.

CUSINET (*Leyendo.*) «Preguntas inocentes. ¿Es verdad que el candidato moderado debería ocuparse más de las cosas privadas que de la cosa pública? ¿Es verdad que la antigua estrella de Montmartre procura buscarse distracciones, mientras su marido hace política? ¿Es verdad que se la ve pasear melancólica a la luz de la luna por la Pérgola en compañía de un amigo de la casa?»

PELEG. (*Aparte.*) «Preguntas inocentes... ya se vé.»

CUSINET Pero la Pérgola... Aquí hablan de mí...

PLUMÓ Parece como que quieren dar a entender...

CUSINET Pero esto es espantoso...

PLUMÓ Espantoso, si señor...

CUSINET Muy bien... Va a usted a contestar enseguida...

PLUMÓ Lo mejor sería no darse por aludido...

CUSINET ¿Qué dice usted?

PLUMÓ ¡Claro! Si nos damos por aludidos la única respuesta es enviar los padrinos al director del periódico.

CUSINET Es verdad, sí, señor. Envíele usted los padrinos... Pero enseguida...

PELEG. (*Asustado.*) Va usted a batirse, señor Cusinet?

CUSINET No, eso no, Plumó.

PLUMÓ ¿Quién? Yo, no señor, usted...

CUSINET Pero no dijo usted que los desafíos corren de cuenta de usted.

PLUMÓ Distingamos. Yo defiendo y me bato por el candidato... No por el marido... Aquí se trata de la reputación de la señora Cusinet... El indicado para batirse es usted.

CUSINET ¡Ah! eso varía... ¿Verdad? Vaya si varía... ¿Qué opina usted, señor cura...?

PELEG. Pienso... Pienso que en ese periódico no bacen mas que preguntar... Son preguntas... No hay ninguna afirmación categórica...

CUSINET Eso si es cierto... El que ha escrito eso pregunta... se informa... es un periodista y hasta cierto punto está en su derecho... Es una cosa natural...

PLUMÓ Yo creo que debía usted despreciarlo...

CUSINET ¿Verdad que sí?

PELEG. Sí, señor... desprécielo usted...

PLUMÓ Desprécielo usted como yo lo he despreciado.

CUSINET Pues tiene usted razón... ¡Ea! Ya está despreciado...

PLUMÓ Como si no hubieran escrito nada. Eso... no lo hemos leido... no nos hemos enterado... ¡Sea-

mos grandes, señor Cusinet! seamos grandes. (*Vase Plumó.*)

CUSINET Eso es... seamos grandes... (*Arrugando el periódico y arrojándole al suelo.*) Este es el caso que hago yo de este papelucho.

PELEG. ¡Muy bien hecho!

CUSINET ¡En la Pérgola..! ¡Qué imbeciles! ¡En la Pérgola...! ¡Colección de idiotas! (*Pausa. De pronto da un grito*) ¡Ah!

PELEG. (*Atontado*) ¿Qué le pasa?

CUSINET ¡En la Pérgola señor Cura!

PELEG. ¿Qué?

CUSINET Que Pedro me dijo que se iba a fumar a la Pérgola!

PELEG. Pedro...

CUSINET Sí, señor, sí. Y mi mujer fué a la Pérgola hace un momento. ¡Es él! ¡Es él

PELEG. ¡Pero usted está loco!

CUSINET No, señor, no. El está aquí a todas horas. No puede ser otro. Es él... Es él...

PELEG. Le digo a usted que no. Será una coincidencia. Una simple coincidencia.

CUSINET Ahora lo veremos. Venga usted conmigo.

PELEG. Pero, ¿donde va usted?

CUSINET ¡A la Pérgola! Y como estén allí le juro a usted que los mato.

PELEG. (*Deteniéndole.*) ¡Señor Cusinet, por Dios! ¿Qué va usted a hacer? Escuche usted.

CUSINET No escucho nada.

PELEG. Tiene usted que escucharme (*Luchando abrazados.*)

CUSINET Le digo a usted que no. ¡Los mato! ¡Los mato!

PELEG. Señor Cusinet. Señor Cusinet. Oígame usted. Estoy autorizado por mi amigo Pedro de Bery

para pedir a usted la mano de Genoveva (*Aparte.*) (No había mas salvación.)

CUSINET (*Estupefacto.*) ¿Qué dice usted?

PELEG. Lo que ha oído usted. Que Pedro pide la mano de Genoveva.

CUSINET Pero hombre. Eso se dice antes. ¿Por qué no lo decía usted?

PELEG. Si no he podido. Cuando me iba a decidir a hablarle a usted entró el señor Plumó y la verdad, no creí el momento.

CUSINET Entonces Pedro le ha comisionado a usted para pedirme la mano de mi sobrina.

PELEG. Sí, señor. (*Aparte.*) (¡Dios me perdone!)

CUSINET (*Radiante*) Por eso cambian las cosas. ¡Y yo que sospechaba!... ¡Qué bruto soy! ¡Ay, amigo mío! No se puede usted figurar la alegría que acaba usted de darme.

PELEG. (*Aparte.*) (¡Dios mío de mi alma!) ¿Qué te hecho?

CUSINET Nada, nada. No hay mas que hablar. Yo le concedo la mano de Genoveva. (*Llamando.*) ¡Floro!

PELEG. (*Timidamente.*) Me parece que debería usted tomarse unos días para pensarlo, para consultarlo.

CUSINET ¿Consultar? ¿A quién? ¿A Genoveva? Pero si lo está deseando. Estoy seguro... ¿A mi mujer? Mi mujer no tiene nada que ver en este asunto. ¡Nada!

FLORO (*Entrando.*) Señor...

CUSINET Diga usted que toquen la campana... (*A Pelegrín.*) El toque de campana quiere decir: Llamada y tropa. (*Vase Floro.*)

PELEG. De todos modos estas cosas no se deben deci-

dir en un dos por tres... (*Suena la campana á arrebato.*)

CUSINET Mi querido señor Curá... Usted no me conoce aún... Cuando yo tomo una determinación nadie me hace retroceder... Ahora vaya usted a buscar a Pedro...

PELEG. Corriendo (*Aparte*) (Le prepararé... ¡Como me las voy a componer, Dios mío! ¡Como me las voy a componer!) (*Vase.*)

CUSINET ¡Lo que hacen las apariencias! Y yo que llegué a sospechar... (*Entra Genoveva con un vestido elegante y llamativo*) ¡Ah! Genoveva. Ven aquí hija mía... Ven aquí...

GENOV. ¿Has mandado tocar la campana?

CUSINET Sí... Yo he sido. Ven... (*Mirándola.*)

GENOV. (*Asombrada*) ¿Porqué?

CUSINET Que elegante estás ¡Que chic!...

GENOV. Me he puesto este vestido porque es más... ¿comprendes? más...

CUSINET Sí... Comprendo y adivino... No... No te ruborices... Hace ya mucho tiempo que veo que tus simpatias van a cierta persona... A cierta persona que nos visita frecuentemente.

GENOV. No se lo que quiere decir, tío.

CUSINET No, ¿eh? ¡Picarilla! Si conmigo no valen los secretos...

SRA. CUSIN. (*Entrando*) ¿Qué ocurre que ha sonado la campana como si hubiera fuego?

CUSINET ¿No sabeís lo que ocurre? Pues una cosa muy natural... Acaban de pedirme la mano de Genoveva.

SRA. CUSIN. La mano de... Pero, ¿quién?

GENOV. ¿Quién, tío, quién?

CUSINET Ahora lo vais a saber...

(*Entran el cura Pelegrín y Pedro. Aquél em-*

pujando a éste que llega medio atontado, sin saber lo que pasa.)

PELEG. Aquí le tiene usted, señor Cusinet...

CUSINET Mí querido Pedro... Mejor dicho... (*Adoptando un tono solemne*) Señor Marques de Bery: Yo acojo encantado su petición pero dejo en libertad a mi sobrina para que ella le conteste, persuadido de que su respuesta es la que usted desea.

SRA. CUSIN. (*Aterrada.*) !Como! ¿Pero es Pedro... digo, el señor marqués el...?

GENOV. ¡Pedro! ¿Es Pedro?

CUSINET (*Radiante de alegría.*) ¡Claro mujer, claro! (*A un tiempo se dejan caer en dos sillas la señora Cusinet y Genoveva.*)

SRA. CUSIN. (*Cayendo en una silla.*) ¡Dios mío!

GENOV (*Cayendo en otra silla.*) ¡Dios mío!

PELEG. (*Sosteniéndola.*) (Alegría, hija, alegría. No sea usted pavi-sosa.)

CUSINET No hay que preguntarla. (*A Pedro.*) Es la mejor respuesta que le podía dar a usted. ¡Ea! ¡A darse un beso! Yo lo autorizo. Ande. Besela usted.

PEDRO (*No se atreve.*) Es que...

SRA. CUSIN. Ande usted, hombre, ande usted. (*Disimulando mal la rabia.*) ¡Bésela usted! (*Pedro abraza tímidamente a Genoveva.*)

CUSINET Eso, no. Eso no. ¡Un beso! ¡Un beso!

SRA. CUSIN. (*Lo mismo.*) ¡Claro, hombre, claro! ¡Un beso! ¡Un beso! (*Pedro y Genoveva se besan.*)

CUSINET Venga un abrazo. (*Abraza a Pedro.*) Y ahora a mi mujer.

PEDRO ¿Qué yo?

CUSINET Sí, hombre. A mi mujer tambien. Yo lo mando. (*Llamando.*) ¡Floro! (*Mientras llama Cusinet a*

Floro. Pedro se aproxima a la señora Cusinet y la abraza. Esta le dá un pellizco en un brazo mientras le dice al oído.)

SRA. CUSIN. (*A Pedro. Aparte)* ¡Ah! ¡Canalla! ¡Canalla! ¡Canalla!)

PEDRO (*Aparte a la Sra. Cusinet.)* (Calla por Dios. Ya te explicaré!...)

CUSINET (*A Floro.)* Floro... Traíga usted Champagne... Vamos a festejar la próxima boda de la señorita... (*Entran Durán, Dupont y Plumó.*)

FLORO ¿Se casa la señorita?

CUSINET (*Solemnemente.)* ¡Con el Sr. Marqués de Bery...!

FLORO (*Sorprendido.*) ¡Ah!

DURÁN, DUPONT, PLUMÓ ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo! Enhorabuena...

FLORO (*Levantando los brazos en alto.*) (¡Otro matrimonio desigual! ¡Donde va a parar la aristocracia, Señor!) (*Vase. Todos rodean a Genoveva, felicitándola, mientras Pedro a su lado, aturdido, no sabe lo que pasa. El cura Pelegrín no se separa de Pedro por temor a que éste se escape.*)

VALER. (*Dentro.)* Señor cura... señor cura...

PELEG. ¡Parece Valeriana... La misma!

VALER. Por aquí señoritas; por aquí. Señor cura, he venido a acompañar a estas señoras que le buscan.

CUSINET ¡Como! Señora Presidenta... adelante señora Abadesa...

PRESID. No conocíamos el camino y hemos preguntado en la iglesia.

VALER. Y para que no se perdieran las he acompañado (*Al cura*) El perro se me ha vuelto a escapar...

CUSINET Precisamente llegan ustedes en una ocasión magnifica... Vamos a festejar la boda de mi sobrina con el señor de Bery.

VALER. ¡De veras! Ay, que gusto, señorita...

GENOV. Gracias Valeriana..

ABAD. Van a hacer una pareja deliciosa.

VALER. Tenemos que regalarles algo, verdad, señor cura...

PELEG. Sí... sí... Desde luego...

PRESID. (*A la señora Cusinet.*) Estará usted contenta,

SRA. CUSIN. ¡Encantada! ¡Encantada! (*Floro y Lea están sirviendo copas de champagne.*)

PELEG. ¿Dices que se ha escapado el *Peludo*?

VALER. Sí, señor... Ese condenado de perro me va a quitar la vida...

CUSINET Ya que han venido estas señoras podíamos hacer un poco de música, para distraerlas...

PLUMÓ Muy bien... Muy bien... Será una fiesta improvisada.

PRESID. Que ocasión para que escuchemos a la señora Cusinet... Recuerde usted que nos prometió cantar...

SRA. CUSIN. ¿Yo? ¿He hecho yo esa promesa?

ABAD. Hemos oído hacer tantas alabanzas de su voz...

CUSINET ¡Y es verdad! Canta con mucho gusto...

SRA. CUSIN. Hoy no estoy de humor para cantar.

DURÁN Vamos, señora... Sea usted amable...

CUSINET Yo creo que no debes hacerte rogar... Mujer... En honor de los jóvenes prometidos canta alguna cosa.

TODOS ¡Eso! ¡Eso! Que cante...

CUSINET Pídaselo usted Pedro... Y tú Genoveva...

PEDRO Yo... Señora...

SRA. CUSIN. ¡Ah¡ Sí... ¿Me lo piden ustedes? ¿Me lo pide us-

ted? (*A Pedro.*) ¡Cómo no¡ A usted no le puedo negar nada hoy... (*Amenazadora y sonriendo.*) ¡Ea! Pues sí ... Voy a cantar... Voy a cantar...

CUSINET Vamos a oírla... Verán ustedes... Verán... (*A la señora Cusinet.*) Algo serio. ¿Verdad?

SRA. CUSIN. Muy serio... Ya verás si va a ser serio esto.

CUSINET (*Al Cura Pelegrín.*) Usted preferirá que cante algo religioso, ¿Eh?

PELEG. (*Indiferente.*) Cómo usted guste...

CUSINET Sí, si... Algo religioso... Por ejemplo, «Sansón y Dalila»...

PELEG. Magnífico.

CUSINET Verá usted como canta....

SRA. CUSIN. Ustedes, han querido oírme... ¿No es verdad? (*Muy resuelta.*) Bueno... Pues me van a oír... (*Siéntase al piano y comienza a cantar, acompañándose:*)

Cual flores que, al pasar,
vemos siempre ondular
bajo el soplo del viento...

TODOS (*Con la boca cerrada.*) ¡Um m m! ¡Um m m!

SRA. CUSIN.
Mi pecho sin cesar
palpita al escuchar
tu siempre amado acento.

TODOS (*Con la boca cerrada.*) ¡Um m m! ¡Um m m! (*Al llegar aquí, la señora Cusinet une el canto con el estribillo de la famosa canción Tararabundié.*)

SRA. CUSIN. (*Cantando.*) ¡Tararabundié!... ¡Tararabundié!... etc., etc.

(*Todos se ponen en pie, asustados. Cusinet se acerca a su mujer y disimuladamente la llama*

la atención. El cura Pelegrín regocijado, recuerda la canción que oyó en el frente.)

TODOS ¿Qué es esto? ¡Yo he oído mal. Es esa canción nefanda!

CUSINET (*A la señora Cusinet.*) Pero, ¿qué cantas, mujer?

PELEG. (*Muy alegre.*) Esta: esta era la canción... (*Llevando el compás con movimientos de cabeza, Valeriana, escandalizada, le tira de la sotana.*)

SRA. CUSIN. ¡Tararabundié!... ¡Tararabundié!...

CUSINET Se ha vuelto loca.

PRESID. ¡Qué escandalo!

ABAD. Nosotras nos vamos.

CUSINET (*Separándola del piano y cerrando la tapa de golpe.*) ¡Quieres callar ya, desventurada!

SRA. CUSIN. (*Levantándose y recorriendo el escenario con las faldas recogidas y haciendo los pasos de una artista de café-concierto.*)

¡Tararabundié!... ¡Tararabundié!...
etc., etc.

CUSINET (*Amenazador.*) ¡Cállate! ¡Cállate! Calla o...

SRA. CUSIN. ¿O qué? (*Búrlase de él y le dá una bofetada. Gritos de todos.*)

CUSINET ¡Loca!

SRA. CUSIN. ¡Aaaah! (*Da un grito y se deja caer en una butaca presa de una violenta crisis de nervios. Cuadro.*)

TELON



ACTO CUARTO

Un cabaret denominado «LA ABADIA DE THELEME». La escena estará dividida en dos partes. De un lado un gabinete particular que ocupará un tercio de la escena, con su chimenea, sus brazos de luz, mesa y tres sillas. Del otro lado, una sala que da sobre una plaza. En el fondo, un pequeño vestíbulo. Puerta a la derecha que comunica con el exterior y otra a la izquierda que da entrada al gabinete particular. En un extremo, mostrador del guardarropa.

JORGE (*El gerente del establecimiento vestido de smoking. Entra y da dos palmadas para despertar a los camareros, que dormitan.*) Vamos, vamos, que ya es hora.

JOSÉ Todo está preparado.

JORGE ¿Por qué no han encendido ya las luces de la fachada?

JOSÉ Es que no son todavía las siete.

JORGE No importa. (*Encendiendo las luces de la sala.*) Pigalle, el Mónico, el Royal... todos han encendido ya.

BIBÍ (*Muchacho listo y avispado. Es el botones del establecimiento.*) ¡Victorina! ¡Victorina! Venga el paraguas.

Jorge ¿Qué? ¿Está lloviendo?

Bibí Cae el diluvio. (*Una doncella del guardarropa entrega un paraguas a Bibí.*)

José ¡Maldita lluvia! No deja un solo día de llover.

Bibí Oye, oye. No espantes a la lluvia, que para mí los chaparrones son monedas que caen. (*Entra Paulita, demi-mondaine, vestida llamativamente.*) Buenas noches, señorita Paulita.

Paulita Sí que sales pronto con ese trasto. Me he puesto perdida de agua.

Bibí (*Intentando hacer funcionar el paraguas.*) Haberme esperado un minuto.

Paulita ¡No abras eso!

Bibí ¿Por qué?

Paulita Porque es mala sombra abrir un paraguas en una habitación.

Bibí ¡Mala sombra! (*Aparte.*) (Tú si que tienes mala sombra.)

Paulita ¿Qué gruñes, desvergonzado?

José ¿Cena usted con alguien, señorita Paula?

Paulita Esta noche me invita un americano aquí. Ya he pedido la mesa.

José Muy bien.

Paulita Advierta usted a la cajera que aumente los precios. Yo haré que la cuenta suba a ochocientos o mil francos. Es un hombre riquísimo y muy generoso·

José Eso dicen de todos. Pero a mí no me la dan. Los americanos ¿sabe usted? sueltan poco.

Paulita Quería llevarme a Maxim's pero yo le dije: Nada de Maxim's, *my dear. La Abadía es más funnios.*» *Funnios* quiere decir divertido. No hay más remedio. Hay que aprender a hablar un poco al americano.

José Ha hecho usted bien.

PAULITA Supongo que me reservarán la comisión del gasto, como de costumbre.

JOSÉ El ocho por ciento.

PAULITA En Pigalle dan el diez.

JOSÉ Es posible.

PAULITA Y en Maxim's hasta el doce.

JOSÉ Amiga mía. Vale más cobrar el ocho aquí que el quince en otro restaurant. Este es un cabaret serio. Por eso no damos de comisión más que el ocho por ciento. Como el Banco de Francia.

PAULITA ¡Ah! ¿Sí? Pues me le llevaré a Maxim's. (*Va a salir.*)

JOSÉ ¡Señorita! ¡Señorita!

PAULITA (*Volviendo.*) ¿Qué?

JOSÉ Traiga usted al americano que ya nos arreglaremos.

PAULITA Si nos arreglamos, bueno.

JOSÉ ¿Ese señor no será de los que rompen vajilla?

PAULITA Yo respondo...

JOSÉ Entonces venga usted a ver al gerente.

PAULITA ¿Dónde está?

JOSÉ En la sala de arriba... (*Vanse Paulita y José. Pausa. Abrese la puerta y entra el cura Pelegrín con su gran paraguas encarnado abierto y chorreando agua. Dá un suspiro de satisfacción al encontrarse al abrigo de la lluvia y se detiene en medio del vestibulo un poco aturdido. Cierra el paraguas con precaución.*)

PELEG. (*Sacudiéndose.*) Uff ¡Que atrocidad Lo que cae. (*Respirando*) ¡Ea! Ya estoy en el Arca... Diez minutos de parada... y fonda.

BIBÍ (*Corriendo detrás del cura.*) ¡Eh! Señor cura... Señor cura...

PELEG. ¿Qué te pasa, pollo?

BIBÍ (*Un poco temeroso.*) Señor cura que yo creo... que... que se equivoca usted...

PELEG. (*Volviéndose*) ¿No es este el restaurant titulado La Abadia?

BIBÍ Sí, pero...

PELEG. ¡Pues entonces! ¡Y que traigo una gazuza...! Media vuelta... Paso ligero... ¡A la Abadía! ¿Es por aquí?

BIBÍ (*Reteniéndole*) Espere usted señor cura... No se si le podrán recibir ahora... (*Viendo a José que entra.*) ¡Ah! Precisamente aquí viene el *maitre*... Hable usted con él.

PELEG. (*A José*) ¡Ah! Muy bien... ¿Es usted el patrón del restaurant?

JOSÉ ¿Que deseaba usted?

PELEG. Hacer por la vida.

JOSÉ ¿Por la vida?

PELEG. ¡A ver! Ya han tocado a rancho... Y desde esta mañana que ruedo por París...

JOSÉ (*Con aire protector.*) Escuche usted señor cura... Me parece que debía usted ir a otro restaurant...

PELEG. Con el diluvio que está cayendo. ¿Dónde quiere usted que me meta?

JOSÉ En un Duval... Justamente ahí cerca hay uno...

PELEG. ¿Un Duval? Usted no me ha mirado bien. He pasado ahora por delante y le he visto... Menuda sala... Llena de dorados y espejos... Eso es una cantina para millonarios americanos... Y luego aquel servicio hecho por mujeres que no tienen la edad canónica... No, no... Nada de Duval... Esto es más serio y más dicreto, sin chocarrerías ni mojigangas... Esto es mejor...

JOSÉ ¡Ah! ¿Usted cree?

PELEG. ¡Vaya! Además me han recomendado esta casa.

JOSÉ ¿Sí? ¿Quién? Me gustaría saberlo.

PELEG. Un joven muy amable a quién he preguntado en la calle... Me dijo:—¿Busca usted un restaurant, para eclesiásticos, señor abate? Pues vaya a la «Abadía», en la Plaza Pigalle... Verá usted que bien le tratan.

JOSÉ ¿Sí? ¿Le dijo a usted eso...?

BIBÍ (*Aparte, retorciéndose de risa.*) (¡Vaya un prójimo! ¡Como le ha tomado el pelo al cura!)

PELEG. Le advierto a usted que yo no soy exigente para comer... Una buena sopa, un plato de otra cosa cualquiera y un litro de vino clarete y... tan campante.

JOSÉ Tenga usted la bondad de esperar... Voy a ver si es posible. (*Vase por el foro.*)

PELEG. (*A Bibí.*) ¿Sabes que es más difícil entrar aquí que en el Paraíso? Debe ser un mozo nuevo. (*Bibi no responde.*) Se vé que no conoce la casa... (*Bibí sigue silencioso.*) ¡Ah! ¡Si! Oye, pequeño... de urbanidad no estais muy bien en esta santa casa...

BIBÍ ¿Hace mucho que está usted en París, señor abate?

PELEG. Llegué esta mañana... He venido para buscar a una, es decir a uno... Bueno, a uno y a una... Pero no sé donde viven...

BIBÍ Pues no va a ser fácil encontrarlos...

PELEG. (*Sentencioso.*) Buscad... y encontraréis... Hoy he estado en un Gran Hotel de los Campos... Luego en la calle Pigalle que era el antiguo domicilio de la persona que busco... Después me perdí en el Casino de Paris y en el Baile Tabarín...

BIBÍ ¿Y qué piensa usted de Montmartre, señor Abate?

PELEG. ¿De Montmartre? ¿Qúé pienso yo? ¡Que es una Catedral muy hermosa!

BIBÍ (*Sonriendo*). ¡Ah! Sí. El Sagrado Corazón.

PELEG. Una catedral muy hermosa. (*Entran Jorge y José.*)

JORGE Buenas noches, señor Abate... ¿Usted quería cenar?

PELEG. ¡Pero al trote! Porque es que me caigo de debilidad.

JORGE Perfectamente... Pase usted aquí (*Abriendo la puerta del gabinete. A José.*) Y sirva usted lo pida el señor Abate...

PELEG. (*Entrando en el gabinete.*) Muchas gracias.

JORGE (*A José.*) No ve usted que es un pobre cura de aldea que no conoce París, ni las costumbres. Le ha engañado el título del restaurant... Ya ha sucedido esto varias veces y el dueño tiene encargado qué cuando ocurra se los trate muy bien pero sin sacarlos de su error.

JOSÉ Entonces...

JORGE Sírvale lo que quiera y pida lo que pida no le cobre usted más que diez francos por todo. (*Bibí se ha marchado. Jorge vase por el fondo.*)

PELEG. (*Dentro del gabinete y después de mirar alrededor.*) ¡Eh! ¡Eh! Oiga... (*José entra en el gabinete.*) Pero este es un comedor para arzobispos, Para mí la mesa redonda es buena... Lléveme usted a la mesa redonda.

JOSÉ Es que la mesa redonda no se sirve hasta las nueve.

PÉLEG. ¿Tan tarde?

JOSÉ Aquí estará usted muy bien.

PELEG. Pero, ¿no será más caro?

JOSÉ Es el mismo precio.

PELEG. ¿Cuánto?

JOSÉ Diez francos cubierto.

PELEG. ¡Cáspita! ¡Diez francos!

JOSÉ Vino y café, todo comprendido.

PELEG. En fín por una vez... ¡Un día es un día! ¡Qué diantre!

JOSÉ Llevaré el paraguas al guardarropa.

PELEG. No, no. De ningún modo. Si se me pierde, Valeriana me riñe. ¡Pues poco que me lo ha encargado al salir del pueblo. Valeriana es mi cocinera, ya se lo puede usted figurar. Es muy gruñona, pero una santa mujer. Y en cosas de cocina, amigo mío... ¡Vaya! Y a propósito, ¿qué es lo que me va usted a dar de comer?

JOSÉ Primero un potaje de cangrejos, bien cargadito de picante.

PELEG. No estará mal eso, no.

JOSÉ Luego unos filetes de lenguado, y después una perdíz acostada sobre una lonchita de jamón.

PELEG. No. No la acueste usted. Si la perdiz está tierna, el jamón no la hace maldita la falta.

JOSÉ Como usted guste. Después una ensalada.

PELEG. ¿A mí hierba? No, no señor. Prefiero una ración de patatas fritas, que me gustan mucho y Valeriana no me las quiere hacer nunca. (*Entra Jorge con una botella.*)

JORGE ¿Qué? ¿Ha encargado usted ya, señor abate?

JOSÉ Sí... Ahora voy a dar la nota (*Vase José.*)

JORGE. ¿Está usted satisfecho?

PELEG. Archisatisfecho, amigo mío... Esta Abadía es el Paraíso...

JORGE. No tanto, señor Abate, no tanto...

PELEG. ¡Vaya! Verá. usted la propaganda que hago a

esta casa... El párroco de otro pueblo junto al mío tiene que venir a París para comprar una estatua de San Antonio... Le voy a recomendar este establecimiento... *(José entra con la sopera que coloca sobre la mesa.)*

PELEG. (*Apenas han colocado la sopa, pónese en pié adoptando una actitud grave pero sin afectación, seria y sencilla.)* Puede que le escandalice á usted lo que voy a hacer pero es una costumbre... Yo digo el *Benedicte* a mi manera, sin latines, para que lo entiendan bien todas las personas que me rodean... (*Une las manos.*) Dios mío, bendice el alimento que nos dás hoy... Y ahora agrego: No consientas que a nuestros hermanos los falte el pan y si puede ser con un poco de manteca, mejor. (*Se persigna.*) ¡Amén! Así sea.

JORGE Dice usted bien, señor abate... En latín no nos hubiera conmovido tanto como dicho así...

PELEG. *(Sentándose.)* Y ahora... ¡A la mesa! (*Mete la cuchara en la sopa.*) Dios mío de mi alma... ¡Que cosa más clara! Pero si esto parece agua de fregar... Creáme usted, donde esté una buena sopa de coles que se quiten los potages. Mire usted la sopa tiene siete virtudes... Sí, señor... Limpia el diente, calienta el vientre, corrobora, chupa y aprieta, hace sudar y dormir y ayuda la digestión...

JORGE Esta es otra clase de sopa.

PELEG. Es igual... echaré unos barquitos... (*Mira a derecha e izquierda sobre la mesa.*) Pero... ¿y el vino?... (*Presentando el vaso vacío.*)

JORGE (*Cogiendo la botella que estaba sobre el trinchero.*) Aquí le tiene usted... (*Le sirve.*) A ver qué le parece...

PELEG. (*Comienza a beber, sin darle importancia. De pronto se detiene y contempla el vaso con respeto, haciendo castañetear la lengua.*) Tengo una sed... (*Bebe.*) ¡Eh! (*Mirando a Jorge.* Diga usted... Pero esto... esto es de marca... Usted me obsequia de un modo... ¡Vaya un vino!

JORGE (*Satisfecho.*) Usted lo entiende, ¿eh?

PELEG. Le entiendo y le conozco... ¡Pero si es un Borgoña!

JORGE. 1912 Acertó usted... Ya veo que es usted conocedor... (*Se sirve a su vez un vaso..* No sabe usted la alegría que me dá beber un vaso de buen vino con un hombre que lo sabe apreciar... Estoy harto de ver a esa colección de idiotás que no píden más que champagne...

PELEG. (*Apartando la botella de agua.*) Mire... que se lleven eso... El agua para los americanos que están secos... (*Bebe.*) Es néctar... Qué gusto... Qué bouquet... Como dicen mis paísanos en el pueblo, parece que baja por la garganta Nuestro Señor vestido de terciopelo... Por lo suavecito que pasa...

JORGE (*Gustando el víno.*) Es una delicia.

PELEG. ¡Y pensar que hay gentes que niegan la existencia del Creador, que hace estas cosas!...

JORGE (*Ofreciéndole la botella.*) ¿Quiere usted otra prueba?

PELEG. (*Tendiendo el vaso y riendo.*) Venga. Pero tenga usted presente que si alguna vez pasa usted por Marne-la-Coqueta, he de devolverle el obsequio. Valeriana nos hará un pollo a la crema y yo subiré de mi cueva un par de botellas de lo añejo.

JORGE Aceptado. (*Se oye dentro un timbre.*) Perdóneme... Deben llegar los clientes... (*Vase. En la*

sala apareeen la señora Cusinet y Pedro que llegan de la calle. Bibí los precede gritando:)

BIBI ¡Guardarropa? (*Sale una señorita del guardarropa.*)

SRA. CUSIN. (*Quitándose el abrigo*) ¿Lo ves? Todavía no hay nadie en el restaurant... Tu siempre con tus prisas...

PEDRO (*Quitándose el gabán.*) Estaba cansado del baile.

SRA. CUSIN. Yo no... Hubiera seguido bailando de buena gana.

PEDRO Además.. Tenía ya el estómago en los talones.

SRA. CUSIN. ¡Ay, hijo! Que provinciano eres... En París no se cena hasta las nueve.

PEDRO En el pueblo cenabas a las siete.

SRA. CUSIN. Allí era otra cosa... Se cena antes para matar el tiempo porque se aburre uno. Pero si te gusta cenar a las siete ¿por qué no te vas al pueblo? Te he llamado yo... Cuando me escapé de allí, viniste detras de mí no se por qué ni para qué...

PEDRO De sobra lo sabes. Dejé todo por tí.

SRA. CUSIN. Pues perdistes el tiempo porque yo no quiero hombres a mi lado... Vine a recordar mi vida de artista... a respirar... a darme un baño de alegría... Ni más ni menos.

PEDRO Sin embargo tu me hiciste confiar.

SRA. CUSIN. ¿Yo? ¿Yo? ¿Confiar en qué? Antes puede... Pero cuando supe que Genoveva estaba enamorada de tí me curé del todo. Yo seré todo lo loca que la gente quiera pero no hago una mala acción. (*Se acerca a un espejo y se arregla el cabello.*)

JORGE (*Aproximándose a Pedro.*) ¿Los señores han encargado mesa?

PEDRO No. ¿Por qué?

JORGE Por que todas estan pedidas.

SRA. CUSIN. ¡Claro! Te dige que telefonearas.

PEDRO Espera. ¿Y todas las noches es igual?

JORGE No señor. Es que hoy viene a cenar Nelly Mortón.

PEDRO ¿Alguna bailarina?

SRA. CUSIN. No, hombre. Nelly Morton, la que asesinó a su marido, el rajah. Pero, ¿tu no lees los periódicos? ¡Ahí la tienes! ¡célebre ya! (*A Jorge.*) Yo soy Liseta de Lisar, del Casino de París. A ver si nos puede buscar un rincón.

JORGE Pero estarán ustedes acompañados.

SRA. CUSIN. ¡Ah! No. Eso no.

JORGE Pues otra cosa es imposible.

SRA. CUSIN. Bien, bien. Nos iremos. Pide los abrigos.

JORGE Lo siento mucho, señora. (*Llamando.*) Guardarropa.

SRA. CUSIN. Que avisen un taxi. (*Joge se retira. A Pedro.*) Te alegras ¿eh? Crees que me voy a meter ahora en el Hotel. Pues te equivocas. Recorreremos todos los restaurantes de Montmartre hasta la madrugada.

PEDRO Te prevengo que vas a caer enferma.

SRA. CUSIN. No te ocupes de mi salud. Hijo. Eres un provinciano. No piensas mas que en la chimenea y las zapatillas. ¿Por qué no te vas y te casas con Genoveva.

PEDRO No me recuerdes la barbaridad que hice.

SRA. CUSIN. ¿Lo ves? Si la quieres.

BIBÍ (*Entrando.*) El taxi espera.

PEDRO Vámonos.

SRA. CUSIN. ¡Ea! ¡Pues no! No nos vamos. Nos quedamos

PEDRO (*Resignado.*) Bueno. Nos quedamos.

BIBÍ Está bien. (*Llamando otra vez.*) ¡Guardarropa!

SRA. CUSIN. (*A la empleada del guardaropa*) ¿Dónde puedo arreglarme un poco?

VICT. Por aquí, señora. (*Vanse por el fondo la señora Cusinet y Victorina. Entra Paulita que se dirige a Bibí.*)

PAULITA Oye pequeño. ¿No ha venido un caballero preguntando por mí?

BIBÍ No. (*De pronto le acomete una idea.*) ¡Ah! Sí. Sí.

PAULITA ¡Ah!

BIBÍ (*Indicándole la puerta del gabinete donde está Pelegrín.*) La espera a usted en ese gabinete. Es un americano.

PAULITA (*Muy contenta.*) ¡Ah! ¿Jim está aquí...?

BIBÍ Sí... Jim está ahí... (*Paulita se dispone a entrar pero antes saca el bolso y se da polvos y se pinta los labios. Enseguida adopta una sonrisa y llama a la puerta. Bibí vase haciendo gestos y riéndose.*)

PELEG. (*Dentro.*) ¡Adelante!

PAULITA (*Entrando.*) «Gud iviniu, may diar. Ob do yo du»? (*Viendo de pronto a Pelegrín.*) ¡Ay! pero, si usted no es Jim...

PELEG. ¿Jim? No le conozco... Yo soy el cura de Marne-la-Coqueta.

PAULITA ¿El cura? Pero... un cura ¿de verdad?

PELEG. De verdad. Claro que soy cura de verdad...

PAULITA Pues, hijo, los he visto desahogados, pero como usted...

PELEG. ¿Como yo? La desahogada será usted, señora... Entra usted aquí como Pedro por su casa, me habla usted en una lengua que no es de cristianos y luego me insulta... Podía usted haberse acabado de vestir antes de salir de casa...

PAULITA (*Confusa.*) Pero, señor cura, ¿dónde cree usted que está?

PELEG. Desde luego que en una casa de baños no estoy.

PAULITA Señor cura. Usted tiene cara de ser una buena persona ¿Ha llegado usted del pueblo, verdad? Seguramente le han querido gastar una broma diciéndole que viniera aquí.

PELEG. (*Comienza a desconfiar y mira a todas partes.*) Pero, ¿no es este un restaurant para eclesiásticos? (*Inquieto.*)

PAULITA Mire usted. Aquí he encontrado gente de todas castas: magistrados, diplomáticos, generales, ministros, hasta reyes haciendo la bomba; pero... es la primera vez que veo a un señor sacerdote.

PELEG. Entonces... ¿Se han burlado de mí? (*Se levanta como para marcharse pero mira la mesa con las viandas y vuelve a sentarse.*)

PAULITA (*Entreabriendo la puerta.*) Si lo duda usted, oiga, oiga el *jaz-band..* (*Se oye dentro un aire de fox-trot.*)

PELEG. Verdaderamente muy religiosa no es esa música...

PAULITA Es un *simmy*.

PELEG. Un baile condenado por la Iglesía. ¡Si Monseñor me viera aquí! Cierre usted, cierre usted la puerta, señorita.

PAULITA La culpa es del gerente. El le debió advertir a usted... Yo daré la queja.

PELEG. No... No haga usted eso. ¡Pobre hombre! Es una buena alma. Ha creído hacer bien y se dijo:—Este es un cura ignorantón y palurdo, viene cansado, hambriento, perdido... Hacemos con él una obra de caridad a costa de los dineros del diablo.—Estoy seguro que su acción será recompensada... Si un vaso de agua

fresca el cielo le devuelve centuplicado... ¿qué no hará con una buena botella de Borgoña?... Créame usted, hija. El único culpable soy yo... Y el caso es que al principio desconfié un poco, pero luego me hablaron de unos filetes y de una perdíz... y me dejé convencer... Yo he tenido siempre debilidad por las perdices... (*Tiene el plato en la mano, le huele glotonamente... y le aleja.*)

PAULITA ¡Ah! Pues aprovéchese usted, señor cura... Aprovéchese y coma. Se le va a enfriar la perdiz.

PELEG. (*Rechazando el plato.*) No... Ya no... Lo que me ha descubierto usted me ha quitado el apetito.

PAULITA Pues si lo sé no le digo nada.

PELEG. (*Levantándose.*) Al contrario, hija mía. Me ha hecho un favor... Un gran favor.

PAULITA No. Usted dice eso por cortesía, pero en el fondo siente usted lo de la perdíz.

PELEG. (*Para no ver el plato con la perdíz le pone una servilleta encima, cubriéndola.*) No hablemos más de eso. No quiero ni olerla. Dígame usted, ¿cuánto cree usted que puede costar esto que me han servido?

PAULITA Yo no sé. Como no tengo costumbre de pagar.

PELEG. Pero, sobre poco más o menos.

PAULITA Lo menos... lo menos... doscientos francos.

PELEG. (*Aterrado.*) Yo no podré pagar eso nunca.

PAULITA (*Abriendo su portamonedas.*) Si usted quiere yo le puedo dar...

PELEG. (*Dignamente.*) ¡Por Dios, señorita!

PAULITA Tómelos usted. Ya me los devolverá usted en oraciones... o en misas.

PELEG. No, hija mía, no. Muchas gracias.

PAULITA Comprendo. A usted le da vergüenza tomar dinero mío, porque usted me desprecia...

PELEG. ¡Despreciarla yo, hija mía! ¿Con qué derecho? Yo no juzgo a nadie por las apariencias... Usted misma me ha dado el ejemplo no juzgándome mal al encontrarme en este lugar. Lo menos que puedo hacer con usted es imitarla.

PAULITA De todos modos si yo fuera una dama del gran mundo no se negaría usted a aceptar lo que le ofrezco.

PELEG. ¡Las damas del gran mundo! Muchas vendrán aquí esta noche que mañana irán a misa... a misa de una, claro.

PAULITA Yo, señor cura, no falto ningún domingo a la misa mayor de la Trinidad.

PELEG. (*Sonriendo.*) Hace usted muy bien, hija mía. Usted también puede acabar un día casada, en un palacio y dando limosnas al cura para los pobres...

PAULITA ¡Ay! Si eso llegara me gustaría que el cura fuera usted...

PELEG. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe si seré yo también quién la haga visitas de ceremonia... con guantes y todo. Y monseñor me recomendará que la ayude para sostener la buena causa... ¿Qué? ¿Se ríe usted? ¿No ha oído hablar de una artista que se llama Liseta de Lisar?

PAULITA ¡Ya lo creo! Era una grulla.

PELEG. Veo que la conoce usted.

PAULITA Perdone usted, señor cura... Se me ha escapado la palabra.

PELEG. ¡Ha sido un grito del alma!

PAULITA ¡Ah! Pero Liseta ha tenido mucha suerte, se

casó con un millonario y para que vea usted lo que son las cosas... En vez de vivir tranquila ahí la tiene usted con uno...

PELEG. ¿Cómo? ¿Liseta viene por aquí?

PAULITA Ahora mismo la acabo de ver en el vestíbulo. (*José entra con el servicio de postre y al ver a Paulita se dirige a ella indignado*).

JOSÉ ¿Se puede saber quién la ha permitido a usted entrar aquí?

PAULITA No se incomode usted. Ha sido el botones que me ha gastado una broma.

JOSÉ Ahora le arreglaré yo...

PELEG. No, amigo mío, no ha sido el botones... Fué la Providencia... Gracias a él he podido saber lo que quería y he encontrado lo que buscaba... (*Ha cogido su sombrero y el paraguas*).

JOSÉ Pero el señor cura no va a comer...

PELEG. Muchas gracias... Ya he terminado. Prepáreme usted la cuenta que yo iré a recogerla en la caja. (*Sale del gabinete.*) Con que están aquí... Muy bien... ¡Hablaremos! Aunque sea aquí...

PAULITA (*Detrás de él.*) Señor cura...

PELEG. ¿Qué desea usted, hija?

PAULITA Quería pedír a usted una cosa...

PELEG. Usted dirá.

PAULITA (*Tímidamente.*) Estoy aprendiendo el baile para ver si consigo hacerme artista y ls semana que viene voy a dar una audición a fin de ver si me contratan en la Revista del *Palace.*

PELEG. Ya comprenderá usted que yo no conozco a nadie a quien recomendarla...

PAULITA No, sino es eso... ¿No podría usted rezar en sus oraciones para que me contraten?

PELEG. ¿En mis oraciones?...

PAULITA ¡Oh !Ya sé que las bailarinas no debemos estar muy consideradas allá arriba...

PELEG. ¡Cómo que no, hija mía! Se recibe con más alegría en el cielo la humilde plégaria de una bailarina que cien rosarios sin fervor ni devoción... No tenga usted cuidado. La contratarán en la revista...

PAULITA (*Besándole la mano y muy alegre.*) Muchas gracias, señor cura... (*Váse corriendo, bailando y diciendo*): ¡Qué gusto! ¡Qué gusto! Estoy segura... me contratarán en la revista...

PELEG. (*La mira y después de una pausa.*) Sí... la contratarán en la revista. (*Se dirige hacia el fondo y tropieza con Pedro que entra.*)

PEDRO (*Asombrado.*) ¡Usted! ¡Usted aquí!

PELEG. Yo, sí, aquí. ¿Qué? ¿Te escandalizas?

PEDRO No, señor, no... De usted no me escandaliza nada... Pero estaba tan lejos de pensar que pudiera verle aquí.

PELEG. Yo en cambio, mi querido Pedro, no he dejado de pensar en tí... (*Cambiando de tono.*) Pero en fin, no quiero hacerte perder el tiempo. La señora Cusinet está aquí... contigo... Necesito hablarla.. Y ya te figurarás de qué...

PEDRO Sí, sí. Pero aquí no...

PELEG. Bueno, pues dime dónde...

PEDRO Si usted quiere en el Hotel Claridge...

PELEG. Perfectamente... Basta... Yo os buscaré... (*Inicia el mutis.*) ¡Ah! Oye... ¿Puedes prestarme doscientos francos?

PEDRO Sí... ¿Quiere usted más?

PELEG. No, gracias... Esto será bastante... (*Los guarda en su portamonedas.*)

PEDRO ¿Le ha enviado a usted el señor Cusinet?

PELEG. A ti no te importa... ¡Anda! Que tienes prisa... Buenas noches... (*Inicia otra vez el mutis.*)

PEDRO No, no; si no tengo prisa...

PELEG. Pero yo sí... Voy a la caja...

PEDRO Querido Pelegrín... No sabes lo que me consuela verte..!

PELEG. ¿De veras?

PEDRO Sí... Si supieras lo que siento lo sucedido... Yo te juro que si las cosas se hicieran dos veces...

PELEG. ¿Qué...?

PEDRO Pues... ¡que dudaría!

PELEG. ¡Ya, ya! Empiezas a arrepentirte... Era de esperar... Pues peor para ti, amigo mío... Tendrás que hacer la penitencia hasta el fín... Tu los has querido y es tu castigo... *Et tribuit eis petitionem eorun.*

PEDRO ¿Y que quiere decir eso?

PELEG. Quiere decir. Vete a *fostro tear*, hijo, anda.. Asi aprenderás...

PEDRO No, Pelegrín... Eso que haces conmigo no está bien... Hemos vivido como hermanos... Hemos expuesto la vida juntos... Tú me salvaste una vez, y ahora que me ves arrepentido, desgraciado, sin saber qué hacer, todo lo que se ocurre es tomarme el pelo en latín (*Esto lo dirá Pedro un poco tímidamente, con cierta ternura.*)

PELEG. Pero, ¿qué es lo que te pasa? A ver.. Mírame cara a cara... ¿Has bebido?

PEDRO ¿Yo?

PELEG Es que yo te conozco... Te pones tierno... me tuteas... Lo dicho... Tú has bebido.

PEDRO He tomado un par de *cok-tails* en el bar para animarme un poco porque estaba aburrido... triste... Si tú supieras lo que he sufrido... Esta

mujer no me ha querido hacer caso... Me echa de su lado... Me maltrata...

PELEG. Entonces eso... ¿se ha acabado ya?

PEDRO Pero si no se ha empezado... Ni empezará... Porque yo no puedo más... ¡Que diferencia de Genoveva! Tan dulce... tan buena... tan cariñosa... mientras que ésta...

PELEG. Tiene mal caracter, ¿eh?

PEDRO ¡Cómo! ¿Mal carácter? Es unas furia. Un mónstruo. (*La señora Cusinet ha entrado momentos antes y oye estas palabras. Cono ua fiera avanza hasta Pedro.*)

SRA. CUSIN. Sigue,hombre, sigue. (*Pedro queda petrificado.*) Dí todo lo que se te ocurra. ¡Canalla! ¡Sinvergüenza?

PEDRO Verás. Yo te diré.

SRA. CUSIN. ¿Es eso todo lo que piensas de mí?

PEDRO Pero...

PELEG. (*Interviniendo.*) Señora. Calma. Calma. (*A Pedro.*) Tu, vete.

SRA. CUSIN. ¿Qué le parece a usted? Todo porque no le he hecho caso.

PEDRO ¡Oh!

SRA. CUSIN. Porque yo si he venido a París, no ha sido para nada malo. El fué el que se presentó detrás de mí.

PEDRO No podrás negar que tú me hiciste concebir esperanzas.

SRA. CUSIN. ¿Pero usted le oye? Afortunadamente estuvo usted allí el día que nos sorprendió. Fué él. ¡Usted lo vió! ¡Usted lo vió!

PELEG. ¡Que sí ví! Ya lo creo que ví.

SRA. CUSIN. Me perseguía por todas partes. En el jardín, en la Pérgola... en...

PELEG. No. Detalles no, señora. Detalles no.

SRA. CUSIN. ¡A ver si va usted a escandalizarse! Puede que crea usted que esta casa es un lugar apropósito para usted. Aquí está usted demás.

PELEG. Yo no estoy demás en ningún sitio donde pueda hacer el bien. Y precisamente si estoy aquí es por culpa de usted.

SRA. CUSIN. ¿Culpa mía?

PELEG. Sí, señora. Su esposo me ha encargado que viniera a buscarla, que tratase de convencerla, a fin de hacerla volver al domicilio conyugal...

SRA. CUSIN. Perfectamente... Volveré.

PELEG. ¡Pues andando!

SRA. CUSIN. ¡Ah! No... A mi no me hace falta llevar compañía... Iré pero sola... Ya lo saben ustedes... Adiós.

PEDRO ¡Buen viaje!

SRA. CUSIN. ¡Provinciano! (*Vase furiosa.*)

PEDRO ¿Vamos? (*Vase por el foro.*)

PELEG. Cuando quieras. (*Vuélvese para buscar el paraguas, que estará dentro del guardarropa, mientras entra un grupo de clientes, hombres y mujeres, que miran con extrañeza al cura.*)

UNA MUJER ¡Pero es un cura!

UN CABALL. (*Llamando la atención a los demás.*) ¡Mirad! Mirad un cura.

OTRA MUJ. ¡Es verdad! Un cura. (*Varias personas repiten*: ¡Un cura! ¡Un cura!

PELEG. (*Vuélvese y avanza, asomándose al mostrador del guardarropa.*) ¡Un cura! ¡Un cura! ¡Sí! ¿Qué hay? ¿Ustedes no han visto nunca un cura? Pues mírenme. Aquí estoy, con mi sotana, mi breviario y mi paraguas. Sólo que yo he venido aquí a hacer una buena acción, mientras que ustedes.

UN CABALL. (*Interrumpiéndole.*) ¡Es un loco!

UNA MUJER ¡Debe estar alegre! (*Cada vez aumenta más el grupo de los clientes hasta llenarse el escenario de gente.*)

VOCES ¡Está loco!
¡Al púlpito! ¡Al púlpito!
¡Aquí no queremos sermones!

PELEG. No queréis sermones, ¿eh? ¡Fariseos! Dios sabe las cosas que tendréis que realizar durante el día para venir a derrochar el dinero por las noches, sin acordaros de que hay miserables sin pan y sin abrigo. ¡Egoístas! ¡Malos ricos! ¡Malos ricos!

VOCES ¡Que le encierren!
¡Fuera! ¡Fuera!
¡Que venga la policía!

UN CABALL. ¡Que le echen! (*Avanza hacia el cura.*)

PELEG. ¿Quien me va a echar? ¿Usted?

UN CABALL. (*Avanzando.*) Sí, yo.

PELEG. (*Sale del Guardarropa y se precipita encima del caballero, zarandeándole, hasta que le separan.*) Vamos a verlo... Anda... Ven a echarme... (*En este momento entra un agente de la policía que se dirige a Pelegrín. Instantáneamente calla todo el mundo.*)

AGENTE (*A Pelegrín.*) Está usted perturbando el orden.

PELEG. Yo le explicaré a usted señor Agente...

AGENTE No, aquí no... Las explicaciones las dará usted en la Comisaría... Sígame usted... Haga el favor...

PELEG. Sí, señor... ¡Ah! Mi paraguas... ¿Dónde está mí paraguas?

PAULITA (*Dándole el paraguas.*) Aquí le tiene usted señor Cura...

PELEG. Muchas gracias, hija mía...

PAULITA (*Al Agente.*) Pero ¿será usted capaz de llevar-

le a la Comisaría... Si no ha hecho nada malo el pobre...

AGENTE (*Autoritario y terrible.*) Y a usted también si me apura un poco...!

PAULITA ¡Que atrocidad! Que humos tienen los de la porra...

PELEG. (*Interviniendo.*) Déjele usted, hija mía, déjele usted, que me lleve... A mí no me deshonra ir a la Comisaría. Jesucristo también fué encarcelado... Y aquellos sayones eran mucho más crueles que estos infelices de la porra...! (*Sale dignamente acompañado por el agente y Paulita, entre las carcajadas y las bromas de los asistentes que se disponen a bailar. La orquesta del restaurant ejecuta un fox-trot muy ruidoso y cae el*

TELON



ACTO QUINTO

Un salón-despacho en el Arzobispado. Monseñor Sibú sentado ante su mesa. Lautier, en pie, a su lado. La señorita Cotillé, sentada en una butaca.

SRTA. COT. *(Solterona vieja y remilgada)* Estoy indignada; verdaderamente indignada... Créame Su Eminencia...

MONS. No me llame usted Eminencia porque yo no soy el Cardenal... Soy su coadjutor nada más... Conque decía usted...

SRTA. COT. Que mi hotel tiene cuarenta años de vida; que la clientela es exclusivamente eclesiástica... Allí van sacerdotes, canónigos, obispos... Sí, señor, sí obispos,.. Es un hotel tranquilo... Pero jamás ha habido allí un viajero tan escandaloso como ese señor cura de Marne la Coqueta... Es alborotador, descortés y mal educado... El día que llegó a París le pregunté finamente:—¿Y qué le trae a usted por aquí?—Y me contestó:—¡Lo que a usted no le importa, bruja!—¡Bruja! ¡A mí!

MONS. *(A Lautier)*. ¿No nos sorprende en él, verdad?

Traiga usted el expediente del cura Pelegrín. (*Váse Lautier.*)

SRTA. COT. Mire usted me indigné... Aquel cura me pareció muy poco católico y me propuse vigilarle.

MONS. Y le vigiló usted.

SRTA. COT. Dí el encargo a una persona de mi confianza que me contó todo lo que hizo Monseñor. ¡Qué escándalo! El cura Pelegrín detenía a los transeuntes en la calle para preguntarles las señas de un lugar de perdición que se llama... ¡el Casino de París!

MONS. ¿Cómo?

SRTA. COT. ¡El Casino de París!

MONS. ¡Ah! Creo que es un teatro.

SRTA. COT. ¡Un teatro! Ya se conoce que Monseñor no ha estado allí nunca.

MONS. ¿Ha estado usted?

SRTA. COT. ¡Yo! ¡Qué horror! Un espectáculo donde las mujeres enseñan los brazos, las piernas, las gargantas... (*Se cubre púdicamente con su chal.*)

MONS. Pero el abate Pelegrín no entraría en el Casino.

SRTA. COT. ¿Cómo que no? ¡Vaya! ¡En el escenario!

MONS. ¿En el escenario?

SRTA. COT. En los cuartos de las artistas. Desde allí se fué a un hotelucho de gente de mal vivir, preguntando por cierta persona. (*Entra Lautier con los papeles.*)

MONS. (*A Lautier.*) ¿Sabe usted por quién iba preguntando?

LAUTIER No, Monseñor.

MONS. Por la señora de Cusinet. Parece que hubo un gran escándalo en casa de los señores de Cusinet y la esposa del candidato se fugó a París.

LAUTIER Es lamentable que den esos espectáculos personas que han sido recibidas en el Arzobispado...

MONS. Dice usted bien... Pienso aconsejarles que se alejen unos cuantos meses de estos lugares hasta que se olvide este incidente... (*Llaman a la puerta.*) Vea usted quién es.

SRA. COT. (*Que habrá procurado escuchar curiosa.*) Entonces la persona que buscaba el abate Pelegrín, ¿es de por aquí?

LAUTIER (*Dándole una tarjeta.*) Es el señor Cusinet.

MONS. (*Leyendo.*) Gustavo Cusinet, diputado. (*Sonriendo.*) No ha perdido el tiempo. Le han elegido ayer y ya se ha hecho tarjetas.

LAUTIER Le acompaña la señora Cusinet.

MONS. Dígales que pasen.

SRTA. COT. ¿Es la señora de quien hablaban? ¡Qué gusto! La voy a conocer.

MONS. (*Levantándose y abriendo una puerta que habrá detrás de él.*) Señorita. Todo lo que usted ha dicho confirma las informaciones que teníamos respecto a ese sacerdote sospechoso.

SRTA. COT. (*Mientras Monseñor la va empujando ella no deja de hablar.*) Sí, hay más todavía, sí, señor. El cura Pelegrín estuvo en la Plaza Pigalle, una plaza donde cada puerta es la puerta del Infierno, y entró en un cabaret.

MONS. (*Empujándola.*) Ya sé... Ya sé...

SRTA. COT. (*Retrocediendo siempre andando hacia atrás y sin dejar de hablar.*) Y allí estuvo una hora. Una hora, Monseñor.

MONS. Aquí... Aquí me contará usted todo eso.

SRTA. COT. Hasta que por fin tuvo que ir a sacarle la policía en un estado... ¡Qué estado, Monseñor qué estado. (*Vanse la señorita Cotillé y Mon-*

señor. Entran juntos la señora Cusinet y Cusinet.)

CUSINET (*Después de una pausa.*) Ya ves cómo nos reciben aquí...

SRA. CUSIN. (*Indiferente.*) Ya lo veo.

CUSINET En casa de la presidenta hemos tenido la misma acogida.

SRA. CUSIN. No, porque allí nos han dicho que la señora había salido.

CUSINET Lo que ha pasado es que no han querido recibirnos.

SRA. CUSIN. (*Encogiéndose de hombros.*) Tú tienes la manía de la persecución.

CUSINET Ahora veras cómo también nos dicen aquí que Monseñor ha salido. No nos va a recibir nadie. ¡Claro! Después del escándalo. Tu fuga, tu viaje a París.

SRA. CUSIN. ¡Ah! ¿Pero todavía piensas en eso?

CUSINET ¡A ver!

SRA. CUSIN. Mira. Hace cinco días que volví de París. Se han hecho las elecciones y eres diputado. Vida nueva. De lo pasado no hay que hablar. Ya estoy harta de oirte a todas horas: «—¿Por qué te marchaste? ¿Qué es lo que has hecho?—» ¿Te pregunto a tí lo que has hecho tu mientras he estado yo fuera?

CUSINET Pero no es lo mismo. Ahora hay que ser personas serias.

SRA. CUSIN. ¡Oh, tu seriedad!

MONS. (*Entrando.*) ¡Enhorabuena, señores! Ya he visto el triunfo, señor diputado.

CUSINET Gracias al apoyo que ustedes me han prestado. Hemos triunfado en todo el Departamento.

MONS. Sí, sí. Menos en Marne-la-Coqueta.

CUSINET Por culpa del cura que a última hora me abandonó. ¡Ah! Yo lo tendré en cuenta.

MONS. Tiene usted razón... El abate Pelegrín es demasiado orgulloso...

CUSINET ¿Qué si es? Ahora mismo nos acaba de ocurrir una cosa que lo demuestra... Venía delante de nosotros en el Ford del médico del pueblo... Nosotros quisimos pasarle con nuestro Roll y tocamos la bocina... ¡Que si quieres! Se colocó en medio de la carretera y no nos dejaron pasar...

SRA. CUSIN. Puede que no oyeran la bocina...

CUSINET Lo hacía apropósito. ¡Si le conoceré yo al cura ese!

MONS. Esté usted tranquilo que pronto dejará de molestar a ustedes. Hoy propongo á Su Eminencia que le quiten el servicio de la Iglesia y le envíen castigado a un convento...

SRA. CUSIN. ¿No será demasiado severo el castigo...?

CUSINET ¡Eso! Defiéndelo tú ahora.

SRA. CUSIN. Todos tenemos necesidad de que nos perdonen algo...

MONS. ¡Bah! El castigo no es duro... Unos cuantos meses de penitencia...

LAUTIER El abate Pelegrín desea ver a monseñor...

MONS. ¡Hombre! Llega a punto... Que pase... Que pase el abate Pelegrín... (*Lautier se inclina y sale. Entra el abate Pelegrín.*)

PELEG. (*Aturdido, medio llorando, sin saber lo que le pasa, dando vueltas al sombrero entre las manos.*) Perdón, Monseñor... Perdón... Pero es que vengo consternado... (*A Cusinet.*) ¡Ah! ¿Está usted aquí, Sr. Cusinet... ¡Qué asesino! ¡Qué asesino es ese chófer que tiene usted!

MONS. (*Severo.*) ¡Señor Cura!

PELEG. Perdón, Monseñor... No, asesino, no... He querido decir apache... ¡Áh! Si yo le cogiera entre mis manos... (*A la Sra. Cusinet.*) ¿No sabe usted, señora?... ¡Mi perro! ¡Mi pobre Peludo»!

SAR. CUSIN. ¿Qué le ha pasado?

PELEG. Le ha aplastado... ¡Ese criminal de chófer!...

SRA. CUSIN. Pero ¿cuándo? ¿Dónde, que no nos hemos enterado...?

PELEG. Ahora mismo... en la carretera... Con el auto de ustedes...

CUSINET Ya comprenderá usted que habrá sido un accidente.

SRA. CUSIN. Desde luego... El chófer no lo ha hecho apropósito...

PELEG. Sí, sí... Lo ha podido evitar... ¡Acabar así! Acabar así un animal que habían respetado las balas y los cascos de metralla...

CUSINET Crea usted lo que siento.

SRA. CUSIN. ¡Pobre «Peludo»! Pero, ¿quién sabe?... Puede que no haya muerto... ¿Dónde está?

PELEG. En casa del boticario de la calle Nueva... Allí le metieron enseguida. La pobre Valeriana se ha quedado cuidándole. Perdóneme, Monseñor... Nadie puede comprender mi sentimiento, pero era mi amigo... el compañero de peligros en la guerra... ¡Un gran corazón!... ¡Una hermosa alma!

MONS. ¿Qué dice usted, señor cura? ¿Una hermosa alma? Los animales no tienen alma... Lo debe usted saber.

PELEG. ¿Que no tenía alma mi perro? Yo estoy seguro de lo contrario... En cambio hay muchos hombres de los pue yo no me atreveré a asegurar que la tengan...

MONS. Pero, ¿sería usted capaz de rezar por un perro?

PELEG. (*Secándose los ojos.*) ¿Rezar por el «Peludo»? No, señor... No vale la pena. Las almas de los animales no tienen necesidad de hacerse perdonar ningún pecado... Son puras... Son inocentes como las almas de los niños... El infierno se ha hecho para los chófers.

CUSINET Señor Cura, yo estoy dispuesto a indemnizarle a usted...

PELEG. Usted cree que lo arregla todo con dinero...

CUSINET Es que, aparte el cariño que usted le tuviera, el perro era bastante feo.

PELEG. ¿Feo mi perro? ¿Feo tú, «Peludo», tú que has ido a buscar, bajo el fuego de las ametralladoras, a los pobres soldados heridos que pedían socorro. ¡Cuántas veces tu sangre de perro se mezcló con la sangre de los soldados. Y dicen que eras feo. ¡Eras soberbio!

LAUTIER (*Entrando.*) Su Eminencia espera a los señores de Cusinet.

CUSINET (*A Monseñor.*) ¿Tendremos el honor de ver a usted en el Castillo?

MONS. Ya lo creo. Hasta muy pronto, y repito la enhorabuena, Sr. Diputado.

CUSINET Gracias, Monseñor, gracias...

SRA. CUSIN. (*Bajo a Pelegrín y rápidamente.*) Esté usted prevenido... Quieren castigarle encerrándole en una «Abadía»...

PELEG. ¿Otra vez a la Abadía?

SRA. CUSIN. No, no es en aquella... En otra. (*Poniéndose un dedo en la boca.*) ¡Chist! Usted es un hombre simpático y yo le quiero a usted. Tampoco usted me guarda rencor, ¿verdad? Porque después de todo, gracías a mí ha visto usted

Montmartre... (*Marcando un paso de baile.*) y el jaz-band... y el simmy...

MONS. (*Que ha estado hablando con Cusinet, vuelve para despedirse de la señora Cusinet.*) Señora...

SRA. CUSIN. Monseñor...

PELEG. ¡No! Si todavía va a ser esta prójima la que me va a dar la absolución!... (*Pausa, Monseñor Sibu se dirige a Pelegrín, severo.*)

MONS. Señor Cura... ¡Usted es un desertor!

PELEG. Pues mire usted... ¡es una noticia!

MONS. Yo le dí a usted orden de ayudar y sostener la candidatura del señor Cusinet por todos los medios... Lo ha hecho usted, ¿sí o no?

PELEG. No.

MONS. ¡Ah! ¿Luego confiesa usted? Claro que sin la ayuda de usted hemos triunfado de todos modos pero usted tiene que rendir cuentas de su traición... Justifiquese usted si puede.

PELEG. (*Calmoso y tranquilo.*) Monseñor... Yo he obedecido a mi conciencia!

MONS. (*Indignado.*) ¡Eso no es una respuesta...! Eso es lo que dicen todos los rebeldes. No, señor... Usted no tiene derecho a hablar de su conciencia. Es muy cómodo presumir de intransigente, de incorruptible, mostrarse duro con los ricos y suave y cariñoso con los pobres, pero para esto es preciso ser irreprochable, y usted no está en ese caso...

PELEG. Yo no he hecho nada malo.

MONS. ¡Ah! ¿Sí? ¿Se le han olvidado a usted sus correrías por las calles de París?

PELEG. El señor Cusinet me suplicó que fuera...

MONS. No tengo por qué mezclarme en el motivo del viaje... Lo que me interesa es la conducta observada por usted.

PELEG. Precisamente a eso venía, Monseñor... Creyéndolo la cosa mas natural del mundo al ir a París tuve que visitar ciertos lugares y dí con mis huesos...

MONS. En la *Abadia de Theleme*, ¿no es eso?

PELEG. Yo ignoraba lo que era aquello... Es verdad que no debí aceptar nunca la misión que me dió el señor Cusinet... Era demasiado delicada para mí.

MONS. No necesito las explicaciones que usted me dá. Le he llamado para comunicarle que queda usted relevado del servicio de la Iglesia de Marne-la-Coqueta.

PELEG. Monseñor... se me condena sin escucharme...

MONS. Y le ordeno que se recluya inmediatamente en la abadía de San Luis, donde podrá usted encontrar el camino del arrepentimiento.

PELEG. Yo no he hecho nada que merezca ese castigo.

MONS. No, ¿eh? ¡Es usted el escándalo de la diócesis! Me he cansado ya de advertirle. Deshonra usted la Cátedra con sus excentricidades y la vulgaridad de su lenguaje.

PELEG. ¡Eh! ¡Eh! Monseñor. Alto ahí. Llevo ya mucho tiempo oyéndole reprocharme lo que usted llama mis excentricidades oratorias, y se me ha llenado la cafetera y es menester que la vacíe. *(En este momento se entreabren las puertas del foro y se ve aparecer en el umbral al Cardenal, vestido de ceremonia, que se detiene y escucha en silencio. Detrás del Cardenal estarán los señores de Cusinet, Genoveva, Pedro y Lautier.)* Pero, ¿es que usted se ha figurado que los apóstoles que acompañaban a Jesús eran doce académicos de la Lengua? No, se-

ñor. Eran aldeanos y pescadores que se habían convertido en caminantes y vagabundos como el Divino Maestro, para hablar a los esclavos, a los obreros, a los pobres miserables y desheredados... Yo le aseguro a usted que los sermones que pronunciaban no se parecían a los de ustedes. El domingo pasado tuve el honor de escuchar a Monseñor. Pues bien, con todos los respetos le diré, que si los apóstoles hubieran hablado así a la gente, ni el pueblo se hubiese convertido, ni nuestra Santa Religión triunfaría hoy en el mundo entero. No. Aquellos hombres hablaban al pueblo su mismo lenguaje, el de la calle, el de los circos, el de los soldados. Empleaban sus mismas expresiones y no vacilaban en soltar a veces palabrotas que a usted, Monseñor, le pondrían hoy los pelos de punta.

MONS. ¡Oh! ¡oh!

PELEG. Sin ¡oh!, ¡oh! ¿Qué hubiera usted dicho al oir a Jesús expulsar con la punta de su sandalia a los mercaderes del templo, mientras los gritaba: «¡Fuera de aquí, embusteros! ¡Mercachifles! ¡Holgazanes! Fuera de aquí, si no quereis que os haga salir azotándoos en el...»

CARDENAL (*Interviniendo y avanzando apenas un paso.*) ¡En el rostro, señor cura, en el rostro!

MONS. ¡Eminencia!

PELEG. (*Aterrado.*) ¡Ah, Eminencia! ¡Amparo! Protegedme, señor ¡Sois nuestro padre!... (*Cae de rodillas delánte del Cardenal.*)

CARDENAL (*Levantándole y hablando con una gran bondad.*) Levántese usted, hijo mío:

MONS. ¿Ha oído Vuestra Eminencia? ¡Es inconcebible! ¡Inaudito!

CARDENAL ¡He oído! ¡He oído!... Ha estado usted algo duro con mis compañeros los académicos.

PELEG. Perdón, Eminencia. Yo soy un ignorante, un pobre cura de pueblo.

CARDENAL Usted es un hombre recto y honrado. (*A Monseñor.*) Las palabras que emplea no son muy académicas, desde luego, pero las ideas... Las ideas son justas.

MONS. Vuestra Eminencia es muy indulgente, pero cuando conozca el expediente del abate Pelegrín...

CARDENAL No, no; he preferido conocerle a él personalmente. Eso me basta.

MONS. Es preciso, es preciso, que Vuestra Eminencias sepa que durante su viaje a París, el abate Pelegrín...

CARDENAL Lo sé, lo sé. Sé que fué usted con una misión para los Gentiles. Igual que Daniel fué usted a interrumpir las orgías de Babilonia. (*Sonriendo finamente.*) Y estuvo usted expuesto a que le arrojaran al foso de los leones...

PELEG. Me llevaron a la comisaría, me encerraron en un calabozo, y allí los guardias me dieron lo que ellos llaman «para tabaco». ¡Qué tabaco! Es para no volver a fumar en toda la vida.

CARDENAL Ya estoy enterado. Un buen amigo de usted: el marqués Pedro de Bery ha venido a referírmelo todo, se ha interesado por usted, ha defendido su causa, y la ha ganado.

MONS. Es que los señores de Cusinet se quejan.

CARDENAL A los señores de Cusinet los he aconsejado que se instalen en París definitivamente. Este asunto está ya terminado...

MONS. ¡Ah! Yo ignoraba... Eminencia... (*Se inclina y se aparta. Una pausa.*)

CARDENAL Ahora, señor cura de Marne-la-Coqueta, vo a presentar a usted a los nuevos moradore del Castillo de Bery, espero que con ellos s entenderá usted perfectamente.

VALER. (*Entra corriendo, arrastrando al perro «Pelu do» que viene lleno de vendajes.*) Salvado, seño cura! ¡Le hemos salvado!

PELEG. (*Corre hacia el perro, le abraza y le besa, echán dose al suelo coñ él.*) ¡Peludo! ¡Tú! Eres tú.. ¡Vivo! ¡Ah! ¡Bandido! Bandido... Pobrecit mío... (*Palpándole.*) Dónde te han *aboilado* a tí... Dímelo... Dímelo, Peludo ..

VALER. El boticario dice que no es nada. Tres costillas rotas, aplastamiento de la mandíbula, una oreja partida y fractura del peroné. Dentro de ocho días esta bueno. No ha sido nada grave.

PELEG. ¡Y aunque hubiera sido grave! El lo hubiera resistido, ¿verdad, Peludo? En peores trances nos hemos encontrado. Pero esto te ha pasado por no querer subir al auto y empeñarte en seguirnos a pié por la carretera. ¿No lo sabes alma de Dios? En tiempos de paz como en tiempos de guerra, siempre es la infantería la que cobra.

GENOV. Perdón, Eminencia, pero Valeriana tenía tantos deseos de dar al señor cura esta noticia.

VALER. (*Al oír a Genoveva decir Eminencia, hace un gesto de admiraeión, repite la palabra:—Eminencia y de pronto, cae de rodillas delante del Cardenal, persignándose y rezando.*) ¡Ah! Su Eminencia.

CARDENAL (*Dándola a besar el anillo.*) Señorita. El buen Samaritano no necesita disculpas. (*Enseguida el Cardenal dirígese al cura y le presenta a Genoveva y Pedro.*) Aquí tiene usted a los que

van a ser los nuevos moradores del Castillo

PELEG. Pedro. Tú. Pero... ¿es verdad? ¡Dios mío! ¡Qué alegría!

PEDRO Sí. Mi querido Pelegrín. Genoveva me ha perdonado gracias al señor Cardenal, y a usted también.
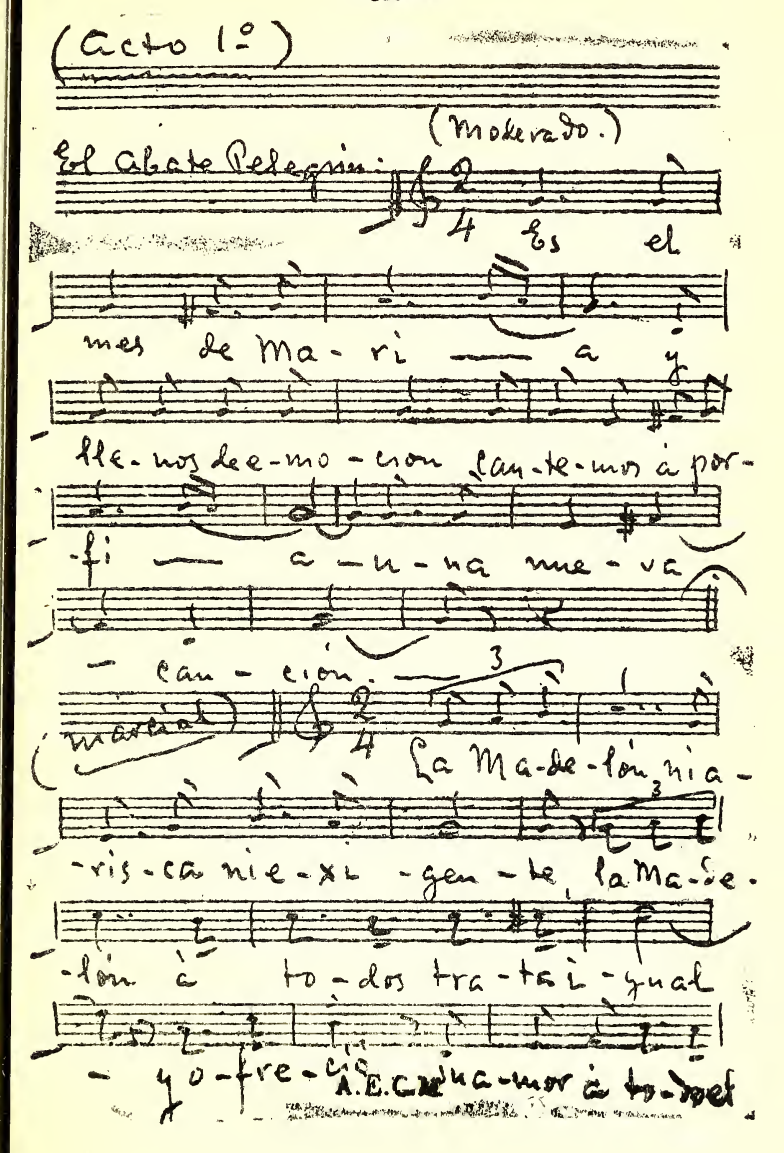
PELEG. Hija mía. ¿Permite usted que la dé un beso?
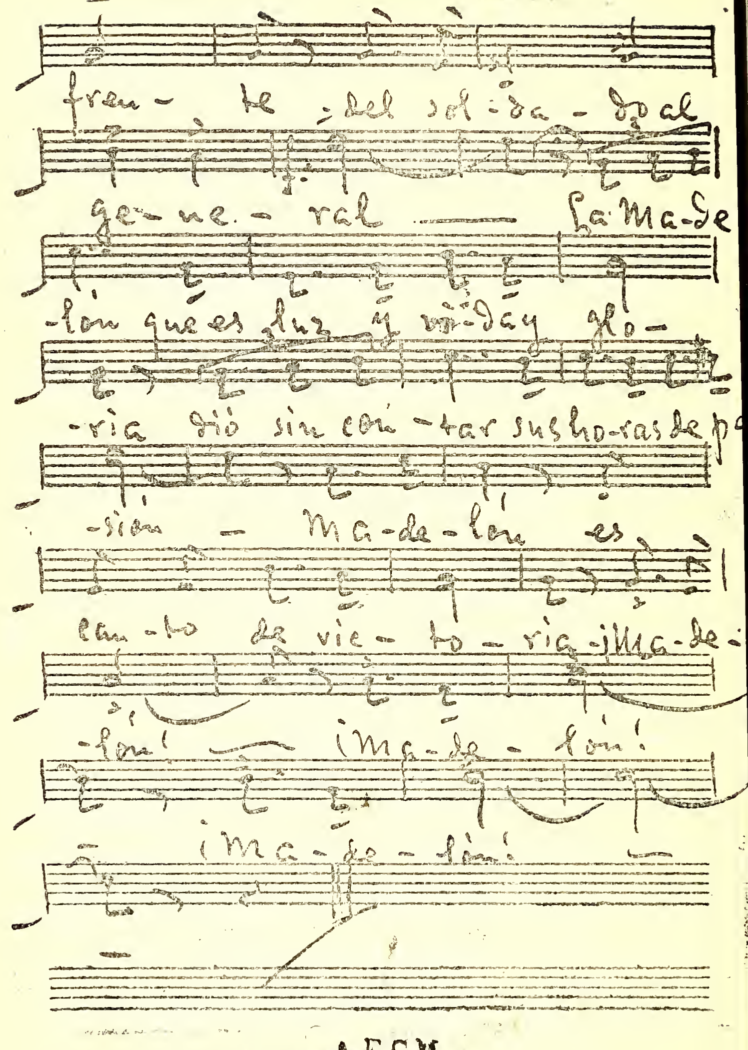
GENOV. Vuestra Eminencia, señor Cardenal hace milagros.

CARDENAL ¿Lo cree usted así, señorita? Pues voy a intentar otro... Otro milagro. (*A Pelegrín.*) Señor cura le agradeceré a usted que en lo sucesivo cuide un poco mas su lenguaje. Me lo promete usted ¿verdad?

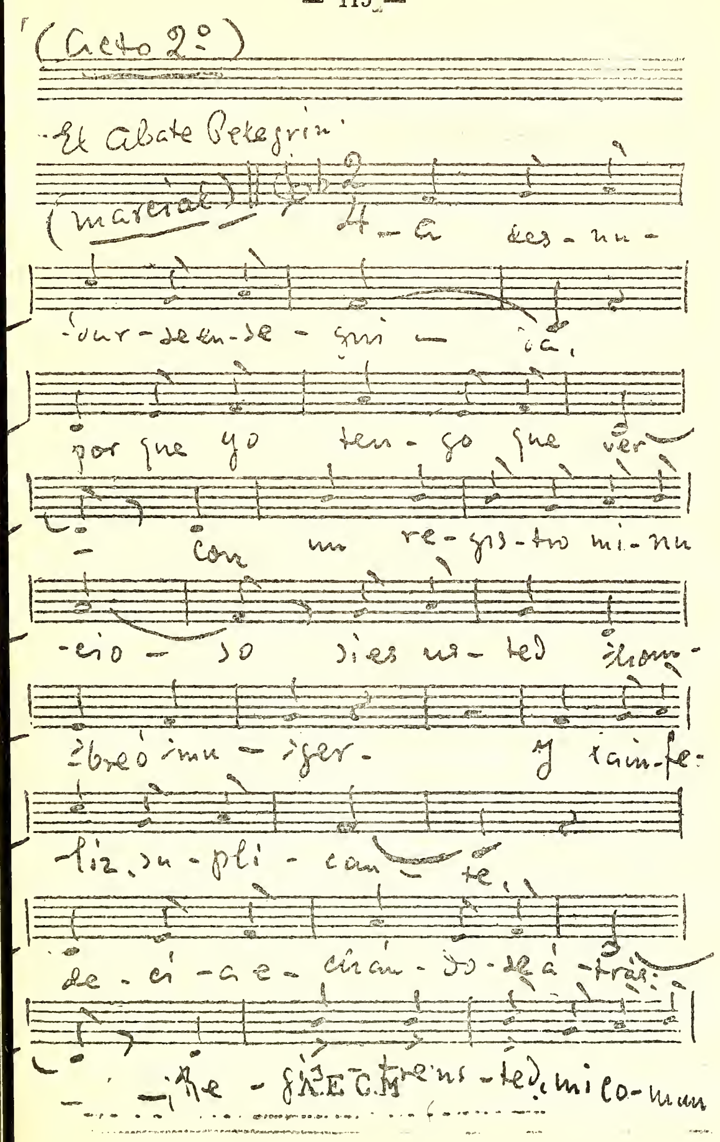
PELEG. ¡Hombre! ¡Que cosas me pide su Eminencia! Ni que decir tiene! (*El cardenal sonríe, hace indulgente, un gesto de perdón y se retira. Todos se inclinan.*)

TELÓN


(Acto 1.º)
(Moderado.)
El Abate Pelegrin:
Es el mes de Ma-ri — a y lle-nos de e-mo-cion can-te-mos á por-fi — a u-na nue-va can-cion. —
(marcial)
La Ma-de-lon, ni a-ris-ca ni e-xi-gen-te, la Ma-de-lon á to-dos tra-ta i-gual y o-fre-ció su a-mor á to-dos
A.E.C.


fren- te del sol-da-do al
ge-ne-ral — La Ma-de
-lón que es luz y vi-da y glo-
-ria dió sin con-tar sus ho-ras de pa
-sión — Ma-de-lón es
can-to de vic-to-ria ¡Ma-de-
-lón! — ¡Ma-de-lón!
¡Ma-de-lón! —

A.E.C.M


(Acto 2º)
El abate Pelegrin
(marcial)
por que yo ten-go que ver
con un re-gis-tro mi-nu



-dan - te por de - lan-

-te na-da más!

(Acto 3º)

Sra. Cussinet:

Andante
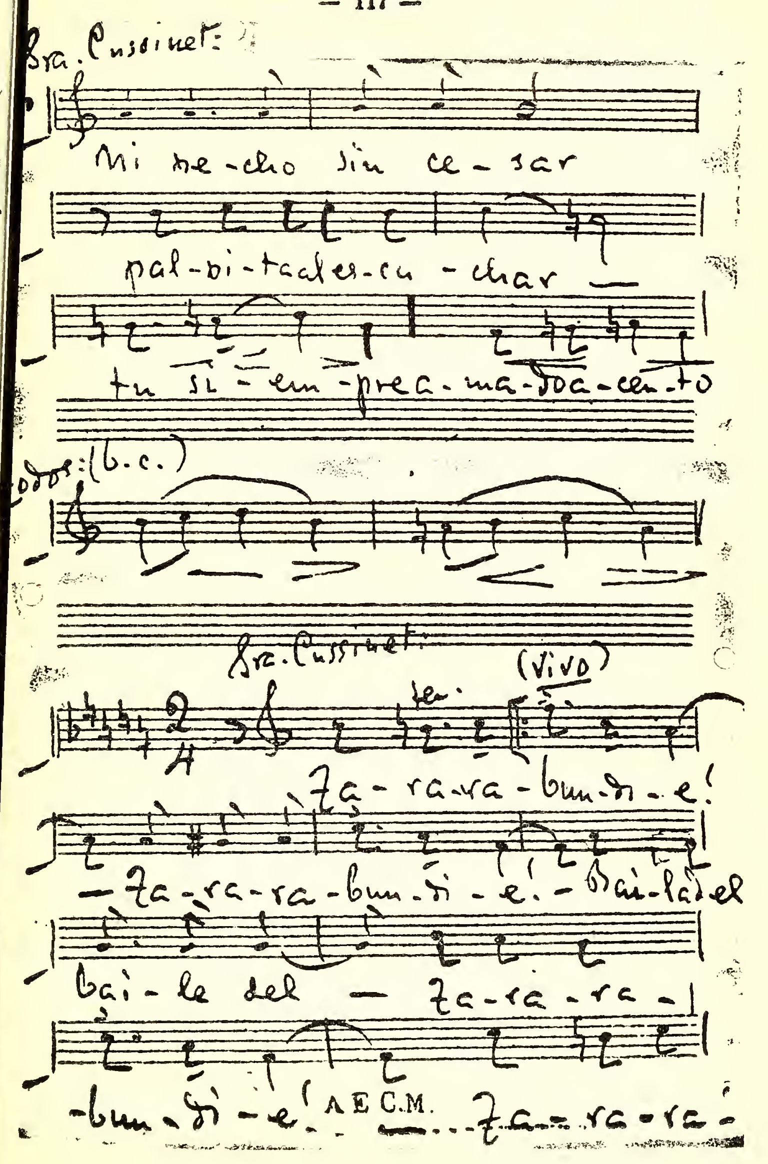
Cual flo - res

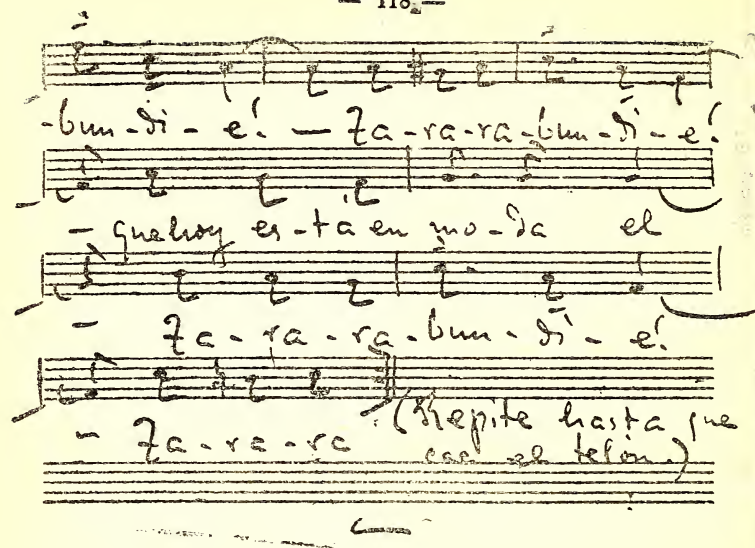
que al pa-sar ve-mos siem-pre on-du-

-lar bajo el so-plo del vi-en-to

Todos: (b.c.)

A.E.C.M.


Sra. Cussinet:
Mi ne-cho sin ce-sar
Todos: (b.c.)
Sra. Cussinet:
(Vivo)
Za-ra-ra-bun-di-e!
Za-ra-ra-bun-di-e! Bai-la del
bai-le del Za-ra-ra-
bun-di-e!
A E C.M.
Za-ra-ra-


-bum-di-e! — Za-ra-ra-bum-di-e!
— que hoy es-tá en mo-da el
— Za-ra-ra-bum-di-e!
— Za-ra-ra
(Repite hasta que cae el telón.)



Obras de José Juan Cadenas

Inés de Castro o Reinar después de morir, refundición lírica de la obra de Luis Vélez de Guevara, música de los maestros Calleja y Lleó. *

El trágala, zarzuela en un acto y tres cuadros, prosa y verso, original. *

La Walkyria, versión rítmica castellana, en tres actos, de la ópera de Wagner. *

Las violetas, boceto de comedia en un acto y en prosa.

La Dolorosa, juguete cómico eu un acto y en prosa. *

El famoso Colirón, zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa y verso. *

El primer pleito, comedia en tres actos y en prosa. *

Género chico, humorada en un acto, dividido en cinco cuadros y dos intermedios, en prosa y verso. *

El delirio Dominical, humorada cómico-lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso. *

La tragedia de Pierrot, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en verso. *

El Conde de Luxemburgo, opereta en tres actos.

La niña de las muñecas, operetá en tres actos.

¡¡Al fin solos...!!, juguete cómico-lírico en un acto, original y en prosa. *

La mujer divorciada, opereta en tres actos.

Soldaditos de plomo, opereta en tres actos.

Princesitas del dollar, opereta en tres actos.

Los molinos cantan..., opereta en tres actos. *

(*) En colaboración.

Los húsares del Káiser, opereta en tres actos.
Mis tres mujeres, opereta en tres actos. *
Petit café, comedia en tres actos, de Tristán Brenard.
Los inmortales, comedia en cuatro actos, de Flers y Caillavet.
La toma de la Bastilla, comedia en cuatro actos.
La alegría del amor, fantasía lírica en un acto, música de H. Bereny. *
Las píldoras de Hércules, opereta en tres actos. *
¡A ver si cuidas de Amelia!, opereta en ttes actos. *
El príncipe Carnaval, fantasía lírica en un acto, música del maestro Valverde. *
El señor Juez, comedia en cuatro actos. *
Mi tía Ramona, comedia bufa en tres actos.
Mi amiga, humorada en tres actos. *
La loca aventura, comedia en tres actos. *
El capricho de las damas, vodevil en tres actos, música del maestro Foglietti.
La invitación al vals, opereta en tres actos, música del maestro Straus. *
La mujer ideal, opereta en tres actos. *
Los trovadores, comedia lírica en tres actos, música de los maestros Calleja y Foglietti. *
El abanico de la Pompadour, vodevil en tres actos. *
La reina del cine, opereta en tres actos. *
La bella Riseta, opereta en tres actos, divididos en un prólogo y cuatro cuadros, música de Leo Fall. *
El amor en automóvil, vodevil en tres actos. *
El último Mosquetero, vodevil en tres actos. *
La dama blanca, opereta en tres actos. *
La princesa loca, opereta en tres actos. *
La araña azul, vodevil cn tres actos.
Los alegres maridos de Maxim's, vodevil en tres acto música del maestro Calleja. *
La toma de la Bastilla, juguete en cuatro actos.
La duquesa del Tabarín, opereta en tres actos. *
El millón. *
La danzarina de Cracovia, opereta en tres actos. *
El pren de una Vergen. *
La Corte de los Gorrones. *
Fantina, comedia en tres actos.

(*) En colaboración.

Un contrato leonino, comedia en tres actos. *
El príncipe Carnaval, revista en tres actos.
El príncipe se casa, revista en tres actos. *
Los claveles rojos, opereta en tres actos. *
El As, vodevil con música, en tres actos. *
La noche roja.
Las amorosas, comedia lírica en tres actos. *
El ministro Giroflán, vodevil con música, en tres actos. *
Roma se divierte, opereta bufa en tres actos. *
Dedé, juguete cómico-lírico en tres actos. *
La Bayadera, opereta en tres actos. *
«*Teodoro y Compañía*», vodevil en tres actos, música del maestro Guerrero. *
¡Béseme usted!, comedia en tres actos.
Después del amor, comedia en cuatro actos. *
Seis personajes en busca del divorcio, juguete lírico en tres actos. *
¡Yo, pecador...!, juguete en tres actos. *
El jardín encantado de París, revista de espectáculo, en tres actos. *
Madame Pompadour, opereta en tres actos. *
El collar de Afrodita, opereta bufa en tres actos. *
La danza de las Libélulas, opereta en tres actos. *
El país de la sonrisa, opereta en tres actos. *
El novio de mi mujer, opereta en tres actos. *
El señor cura y los ricos, comedia en cinco actos.

(*) En colaboración.

Precio: 4,00 pesetas